

UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

FACULTAD DE HUMANIDADES



GRADO EN HISTORIA

Curso Académico: 2017/2018

Convocatoria: Junio

Título del Trabajo Fin de Grado: Las organizaciones comunistas a la izquierda del PCE en la Transición (1975-1982)

- Autor - D^a. Leire Galindo Beraza
- Tutor - Dr. Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz

RESUMEN

El presente trabajo pretende recoger y sintetizar, desde fuentes bibliográficas creadas por otros historiadores, el conocimiento histórico acerca de las organizaciones de la extrema izquierda radical que existieron en el intenso y determinante periodo histórico que supuso la Transición a la democracia. Empezaremos situándolas entre el entorno político general y el auge de los movimientos sociales de su época. Después daremos ciertas pinceladas a los antecedentes organizativos del comunismo radical, y entraremos en esa sopa de letras que era el espectro político radical de la Transición, donde nos centraremos en aquellas organizaciones cuya referencialidad ideológica se vinculaba a la experiencia teórico-práctica del comunismo; dejaremos a un lado las, tampoco nada desdeñables —ni en su capacidad de influencia relativa ni cuantitativamente hablando—, organizaciones nacionalistas o anarquistas. Así mismo, las ordenaremos en tres grandes (y heterogéneos) grupos: aquéllas que se vieron influenciadas por la experiencia china y su Revolución Cultural; aquéllas que se limitaron, e insistieron en su defensa, a la experiencia de la URSS; y aquéllas que se inspiraron en un marxismo de tipo más obrerista, o consejista, es decir, que daba mayor peso al obrero fabril frente a la vanguardia, por un lado, y el campesinado, por otro. Tras hablar del recorrido de éstas, sus planteamientos teóricos y prácticos, zonas y ámbitos de influencias, etc., intentaremos dar algunas pinceladas analíticas sobre la relación del declive de dichos partidos con el declive del paradigma comunista.

ÍNDICE

1. Introducción	4
1.1. Objeto de estudio	4
1.2. Metodología y fuentes	6
2. La situación del país	10
2.1. Los últimos años del franquismo y la Transición	10
2.2. Los movimientos sociales	15
2.3. Antecedentes de la izquierda radical	22
3. Las organizaciones comunistas radicales	27
3.1. El maoísmo y sus influencias	27
i. PCE(m-l)	27
ii. PCE(r)	30
iii. PTE	32
iv. MCE	35
v. ORT	39
vi. OCE (BR)	42
3.2. El prosovietismo	43
i. PCOE	44
ii. El resto de los grupos prosoviéticos: germen del PCPE	44
3.3. Consejismo y trotskismo	46
i. POUM	46
ii. Acción Comunista	47
iii. LCR	47
iv. OIC	48
4. Conclusiones	49
5. Bibliografía	52
6. Índice de Abreviaturas	52

TÍTULO:
**LAS ORGANIZACIONES COMUNISTAS A LA IZQUIERDA DEL
PCE EN LA TRANSICIÓN (1975 - 1982)**

Autora:
Leire Galindo Beraza

1. Introducción

Antes de adentrarnos en el contenido temático de este trabajo, querríamos hacer unos someros apuntes sobre el porqué del interés de dicha materia y sobre el método y las fuentes que usaremos.

1.1. Objeto de estudio

Este trabajo tiene como objetivo recoger el cada vez más amplio conocimiento que existe sobre las organizaciones que formaban parte de la extrema izquierda radical, especialmente el espectro referenciado ideológicamente en el comunismo, durante los sustanciales años que supusieron la Transición a la democracia para la historia de este país, sin la cual es difícil comprender el estado actual en el que nos encontramos.

A pesar de que la Transición, políticamente hablando —y si entendemos la política como lo estrictamente institucional, aunque pueda ser en cierto modo reduccionista—, fue un proceso que se intentó mantener maniatado desde las propias élites políticas y económicas heredadas del periodo franquista, no se puede negar la influencia que tuvieron, en su desenlace, los movimientos sociales que crecían y se reproducían, presionando y agravando cada vez más la crisis política que se podía palpar en el ambiente (Quirosa-Cheyrouze y Muñoz 2017).

Las organizaciones comunistas, a pesar de que su presencia era bastante escasa si la relacionamos cuantitativamente con la población del país, eran bastante influyentes en dichos movimientos sociales. Aunque, si queremos ser más exactos, deberíamos decir que mucha de esa influencia venía dada por aquella que ejercía el comunismo como paradigma. En tanto que no solo existía la influencia más concreta que podían ejercer

estas organizaciones, sino también por el propio ambiente político y cultural de la época, incluso por la historia más contemporánea o la experiencia económica de las revoluciones pasadas; en definitiva, era la influencia de toda una cosmovisión, es decir, de todo un sistema de interpretación, pero también de creación teórico-práctica de la realidad en todas sus facetas. Una influencia que era tanto explícita como implícita, pero también era en positivo como en negativo —no en sus acepciones morales, sino como si de revelado de fotografías se tratase—, es decir, por referencialidad y por rechazo.

Por este motivo, no puede comprenderse, a su vez, la evolución de estas organizaciones sin situarlas sobre el marco contextual de su época, la crisis política del franquismo y el auge de los movimientos sociales. Así pues, comenzaremos esta elaboración desde la situación del país en el periodo que nos compete, desde el inicio de la crisis del franquismo en la segunda parte de la década de los sesenta hasta el asentamiento definitivo de la democracia con la victoria del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en las elecciones de 1982. Para, después, pasar a mencionar brevemente los diferentes movimientos sociales, repasando la evolución y la influencia de cada uno de ellos. Y, finalmente, antes de adentrarnos en la materia que propiamente vamos a tratar, haremos un somero recorrido por los antecedentes de la izquierda comunista radical, sobre todo centrándonos en el Frente de Liberación Popular (FLP), ya que el Partido Comunista de España (PCE) y las organizaciones nacionalistas quedan excluidas de nuestro objeto de estudio.

Más adelante, dedicaremos todo el capítulo principal a las organizaciones comunistas radicales, dividiendo el mismo entre sus tres diferentes tendencias —el maoísmo, el prosovietismo y el trotskismo junto con el consejismo—, de acuerdo con las líneas ideológicas en las cuales se referenciaban y en las experiencias revolucionarias en las que se apoyaban. Por supuesto, estas organizaciones no son todas, ni mucho menos, las existentes en aquella época, en los cuales la sopa de letras iba aumentando año tras año. Son, más bien, aquéllas que más peso tuvieron en los movimientos sociales, aunque algunas veces este peso no se reflejase de forma directa en sus resultados electorales.

Para finalizar, en las conclusiones, relacionaremos la evolución de dichas organizaciones con el progreso del espectro comunista en general, donde el recorrido de los países socialistas y la ruptura de pensamiento con los paradigmas modernos tuvo una gran influencia.

1.2. Metodología y fuentes

En lo que a la periodización de la Transición se refiere, hemos escogido aquella que la fecha entre el año 1975, en el que muere el dictador, y el año 1982, en el que pudo asegurarse fehacientemente, con resultados prácticos, una democracia que fuese real y no “orgánica” al ganar el PSOE aquellas elecciones generales —otros argumentos son: el asentamiento de la estructura autonómica del Estado, el fin del involucionismo militar y la llegada a los pueblos de la pluralidad democrática—. Por ello, al escoger las organizaciones, nos hemos ceñido a aquéllas que tuvieron más peso durante esos siete años, dejando fuera las que, aunque empezaron a nacer en estos años, tuvieron su auge en el resto de la década de los ochenta. No obstante, tampoco hemos querido circunscribir el documento a lo ocurrido en esos años, porque no puede comprenderse la actuación de dichas organizaciones en esos años sin atender de dónde venían y hacia dónde irían.

Como hemos dicho un poco más arriba, la bibliografía respecto a la Transición en general, y este tema como parte de ésta tampoco se queda atrás, es cada vez más abundante. Para empezar, entre la bibliografía que trata de forma transversal este tema, hemos usado principalmente el capítulo de Julio Pérez Serrano (2013), del cual hemos tomado como referencia su estructura en lo que a la ordenación de las organizaciones se refiere; después, a modo de profundización, hemos usado fundamentalmente el libro de Consuelo Laiz Castro (1995), basado en su tesis doctoral, de la que también hemos usado para determinados datos (Laiz Castro, 1993); en cuanto a la relación de dichas organizaciones con los movimientos de masas, hemos usado el reciente libro de Gonzalo Wilhelmi (2016); y, por último, a modo comparativo, hemos manejado el escueto artículo de Fernando Vera (2009). También ha sido de bastante utilidad el Congreso, realizado en 2017, “Las otras protagonistas de la Transición: izquierda radical y movilizaciones sociales”.

Si nos referimos, por separado, a los diferentes capítulos de este trabajo, la bibliografía va concretándose cada vez más. Para la situación del país, los principales autores de los que hemos recogido documentación han sido: Julián Casanova (1994) y, sobre todo, Álvaro Soto Carmona, quien, con sus trabajos, nos ha dotado tanto de un análisis más general (2005a)(2005b), hasta de un análisis más concreto sobre determinados procesos (1994). Después, para poder abordar los amplios y diversos movimientos sociales, la mejor referencia para todos ellos, en su amplitud, es el libro

editado por Rafael Quirosa-Cheyrouze (2011), y, en cuanto al significado de éstos como Nuevos Movimientos Sociales, el de Casquette (2001), aunque también existen otros artículos que sirven para profundizar en ellos más pormenorizadamente: Carrillo-Linares con sus múltiples artículos sobre el movimiento estudiantil en la Transición (2006)(2015) u Oliver Olmo (2009) con respecto al movimiento de objetores de conciencia. Y, por último, en cuanto a los antecedentes del comunismo radical, además de la obra ya mencionada de Laiz Castro, es de mencionar el espléndido trabajo de García Alcalá (2001). Posteriormente, si nos centramos en la temática, tenemos tanto artículos más transversales, como aquellos que hablan del maoísmo (Roldán Barbero, 2011), de las relaciones de las organizaciones con el institucionalismo (Sans Molas, 2011), de las bases militantes de dichos partidos (Rodríguez Tejada, 2011) o del discurso de la prensa con respecto a ellos (Roca Vidal, 1995), incluso documentos más de tipo monográfico sobre las organizaciones protagonistas, entre las que tenemos fundamentalmente las comunicaciones del Congreso “Las otras protagonistas de la historia: Izquierda radical y movilizaciones” (2017), pero también: el libro monográfico editado por Martín Ramos (2011) sobre la historia del Partido del Trabajo de España (PTE); los artículos de Castro Moral sobre los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) (2010)(2016), el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP) y el terrorismo radical (2002); los diversos artículos de diferentes autores sobre el FRAP y el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE(m-l)] (Setién Martínez, 1999) (Terrés, 2007) (Domínguez Rama, 2010); el artículo de Pala sobre la OCE(BR) (2011); el de Treglia sobre el caso de la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) (2013); o el documento de investigación de Pagès sobre el POUM (1998).

En definitiva, este trabajo se ha desarrollado únicamente en torno a fuentes bibliográficas, siendo éstas de numerosos tipos: libros de autor, actos de congresos, artículos de diversas revistas de reconocimiento en el ámbito de las Humanidades, tesis doctorales, etc.

Por último y antes de dar paso a la situación histórica, política y social de la Transición, es necesario repasar algunos conceptos propiamente marxistas y su utilización a lo largo de este trabajo. A pesar de que, dentro del marxismo, a causa de sus múltiples y variadísimas corrientes, no existe homogeneización entre sus propios términos, intentaremos diferenciar, en su uso a lo largo del trabajo, los conceptos propios de cada tendencia.

El comunismo tiene su origen en la década de los cuarenta del siglo XIX, liderado por las figuras de Karl Marx y Friedrich Engels, a través de la ruptura con los jóvenes hegelianos de izquierdas, liderados por Ludwig Feuerbach y Bruno Bauer (Marx & Engels, 2014) (Marx & Engels, 2013). Sin embargo, aunque muchos de sus conceptos más básicos habían sido creados por estos autores, el desarrollo de éstos, cuando se produjo la primera ruptura interna dentro del socialismo, vino con V. I. Lenin y el bolchevismo.

Fue en el seno de la Segunda Internacional donde se produjo la primera ruptura, ocurriendo de forma procesual desde 1903 hasta 1914. La obra *¿Qué hacer?* (Lenin, 2015) puso la primera línea diferenciadora con la socialdemocracia europea, al exponer la concepción del “Partido Comunista de Nuevo Tipo” leniniano. El Partido Comunista de tipo leninista¹ se concebía como un “partido de vanguardia” que fusiona a los sectores de la vanguardia marxista intelectual con los dirigentes del movimiento obrero; mientras que la socialdemocracia clásica apostaba por un “partido de masas” de amplia base en las masas, es decir, un partido-sindicato. Tras esta profunda diferenciación, la ruptura total se dió con la llegada de la Gran Guerra, cuando una gran parte de la socialdemocracia de la Segunda Internacional apoyó los “Créditos de Guerra” frente al sector bolchevique que, a raíz de esta polémica, desarrolló su teoría del imperialismo (Lenin, 2012). El leninismo y las corrientes que se considerasen herederas de éste, han entendido el imperialismo como la fase más avanzada del capitalismo, donde la predominio del monopolio ha impuesto la crisis económica permanente y ha diferenciado el mundo entre países imperialistas, aquéllos quienes exportan su inversión de capital, y países oprimidos, aquéllos que reciben dicha inversión como forma principal de expropiación de riqueza.

¹ Respecto al concepto de Partido Comunista, a lo largo del documento escribiremos “Partido” cuando se refiera a la idea o concepción leniniana de cuál debería ser la organización del proletariado, es decir, cuando estemos hablando ideológica o teóricamente de dicha concepción; y usaremos “partido” cuando queramos utilizarlo como sinónimo de “organización” al uso, es decir, cuando su significación sea meramente organizativa. Aquí hay que tener en cuenta la siguiente diferencia: en las corrientes prosoviéticas, todas, o casi todas, las organizaciones se consideran a sí mismas como el Partido Comunista; mientras que, entre las organizaciones de tipo maoísta, al apostar por la necesidad de crear el Partido, muchas inician su travesía no considerándose y acaban autodenominándose como tal; y, por último, las organizaciones de tipo trotskista o consejista, a pesar de considerarse herederas del leninismo, tienen una concepción de partido más parecido al partido-sindicato que hemos mencionado, a causa de su crítica al burocratismo y de su énfasis en los consejos obreros y en los sindicatos. De esta forma, la distinción entre “Partido” y “partido” pasa a modificar, en cuanto a su profundidad, el contenido de la palabra.

Más tarde, a través de la III Internacional —o Internacional Comunista—, la URSS promulgó la política del Frente Único, a finales de la década de los veinte, y la del Frente Popular, durante los treinta, para intentar ayudar a los Partidos Comunistas de todo el mundo —pero sobre todo de Europa, que eran en los que estaban puestas todas las expectativas— a expandir su influencia sobre el movimiento obrero e intentar recabar mayorías que impulsasen la revolución, que estaba estancada desde las revoluciones fracasadas de inicios de la década de los veinte. Así, la política del Frente Único llamaba a la unidad de todos los sectores obreros, es decir, la unidad de la clase —que se entendería como alianza a nivel sindical—; mientras que el Frente Popular², apostaba por la alianza con la socialdemocracia y otros sectores democráticos, para crear gobiernos progresistas y populares que combatiesen a la incipiente amenaza del fascismo —por lo que tiene aspiraciones de tipo electoral e institucional—. De esta forma, las concepciones de Frente Popular y de “fascismo” surgen, estrechamente ligadas, en el VII Congreso de la Internacional Comunista, en 1935, liderado por el húngaro Georgi Dimitrov (2001).

Pocos años antes, los comunistas liderados por Mao Tse-tung, que habían iniciado la revolución china en 1927, habían comenzado a separarse de la vía marcada por la URSS en la Internacional Comunista —la vía del Frente Popular y el trabajo en los sindicatos obreros— y a seguir una línea que se apoyaba más en el campesinado. Ese fue el inicio de una separación que se consumó con la ruptura chino-soviética de 1956, una vez muerto Stalin e iniciado el proceso de desestalinización. Como parte del proceso de ruptura, Mao Tse-tung comenzó a sintetizar la experiencia china y a generar un nuevo concepto de revolución, la “Guerra Popular” (Mao, 1976), que integrase la guerra campesina en el esquema insurreccional, alargando el proceso, y estableciendo la creación de poder proletario como parte inseparable de la misma revolución (Rupar 2018: 563-564). Además, la concepción china del Frente Único fue diferente, en cierto modo, a su homónima soviética, al exportar al análisis internacional del imperialismo su perspectiva del campesinado como clase aliada de la revolución. Fue en los países oprimidos por el imperialismo —donde el campesinado era mayoritario— donde se mantuvo este Frente, como alianza “interclasista” con la burguesía nacional que buscaba la liberación democrático-nacional (Mao, 1968). Por último, en el mismo ocaso de la revolución china y del comunismo, la Revolución Cultural nació en la década de los sesenta como última

² Usaremos “Frente Único” o “Frente Popular” en mayúsculas cuando nos queramos referir, simultáneamente, a estas concepciones de alianzas políticas.

exhalación contra las tendencias burocráticas dentro del Partido y del Estado, movilizándolo a las masas proletarias y campesinas contra los burócratas desde la transformación ideológica y cultural (Zhang, 2007).

2. La situación del país

Como dice José Casanova (1994), el modelo español de transición es bastante paradigmático, y difícilmente comparable con otros, por su proceso escalonado de democratización. Las transiciones económica y política se produjeron en momentos diferentes, siendo la primera en la década de los sesenta a través del desarrollismo introducido por los tecnócratas del Opus Dei —sin olvidarnos de la importante reestructuración económica de los años ochenta— y la segunda desarrollada en los años setenta.

La situación internacional tampoco era propicia para el mantenimiento de los regímenes autoritarios. En los últimos años, la autarquía económica y política estaba cada vez más desterrada de las opciones de los Estados modernos, y las políticas que impulsaban las estructuras supranacionales estaban en su momento de auge (Casanova 1994: 28). La creación y asentamiento de organizaciones políticas internacionales que fomentaban el libre comercio, así como el desarrollo de los medios de comunicación y de los movimientos socioculturales transnacionales, alimentaron la ruptura de la rigidez de las fronteras.

2.1. Los últimos años del franquismo y la Transición

Las principales características de los últimos años de dictadura fueron las siguientes: la desorientación del Gobierno para hacer frente a la crisis, el carácter interino del Príncipe de España y el aumento de la influencia de la oposición (Soto Carmona 2005a: 141).

El asesinato del presidente del gobierno en diciembre de 1973 puso de manifiesto la intranquilidad de los sectores más inmovilistas del Movimiento y acrecentó la crisis política, evidenciando, además, las contradicciones dentro del propio Gobierno. Algunos sectores del franquismo propusieron un proyecto aperturista que buscaba limpiar la fachada del régimen de cara al exterior, neutralizar a la oposición y ampliar la base social del régimen; todo ello a través de la ley de asociaciones a finales de 1973. Pero también

estaba dentro del franquismo el sector del “búnker”, que intentó paralizar todo tipo de movimiento hacia la reforma.

Tras varios nombres barajados como sustitutos de Carrero Blanco, Franco eligió a Carlos Arias Navarro como nuevo presidente, un hombre no perteneciente a ninguna familia política. Aunque Arias Navarro nunca había sido de la línea aperturista, tempranamente se vio presionado por las circunstancias a iniciar este camino —aunque luego, realmente, lo llevó a la práctica de forma muy limitada porque no tendría ningún proyecto firme—. Para ello, Arias optó, con el consentimiento de Franco, por crear un Gobierno que no fuese continuista y fuese favorable a su programa, eliminando a los sectores inmovilistas del poder. Mientras, como decíamos, el sector del “búnker” paralizó durante cierto tiempo todo cambio político y dificultó el trabajo al sector aperturista. Aun así, la oposición estaba claramente en contra del nuevo presidente, se le recordaba como el “carnicero de Málaga”, como un ser cruel, represivo y débil. A pesar de los intentos de la oposición de acelerar el proceso, nada iba a cambiar hasta la muerte del dictador.

Y así era, la línea aperturista no llevaba aparejada en ningún momento la intención de transformar las estructuras del sistema político, lo que se mostró con la escalada represiva de enero y febrero de ese mismo año, donde se detuvieron a 150 miembros del Partido Comunista de España (PCE), de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), de Euskadi Ta Askatasuna (ETA), del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), de la Unión Sindical Obrera (USO) y del Movimiento Comunista de España (MCE). Es más, los meses previos a su muerte estuvieron repletos de actos represivos: dos provincias del País Vasco se declararon en estado de excepción y se promulgó el Decreto-Ley antiterrorista, que se excusaba en ETA para aumentar la represión a todos los sectores de la oposición. En agosto de ese mismo año se dictaron 11 condenas a muerte a militantes de ETA y FRAP, de las cuales no se terminaron conmutando 5, que se ejecutaron en septiembre. La decisión de perdón estuvo condicionada por la opinión exterior, que no se vio contentada aun así e hizo múltiples declaraciones de crítica y condena al régimen.

La primera crisis de Gobierno tampoco estaba lejos. La crisis económica no podía solventarse a causa de la crisis política, que impedía cualquier tipo de política económica³.

³ No obstante, los regímenes autoritarios están en peligro de caer con cualquier tipo de resultado económico y con cualquier tipo de política económica. Incluso con una política exitosa que produce auge económico, el régimen político puede desestabilizarse al ponerse en conflicto con la nueva situación, que puede no

Pero esta primera crisis de Gobierno estuvo protagonizada por el enfrentamiento contra la Iglesia, que sostuvo la ruptura con el nacionalcatolicismo y la separación entre ésta y el régimen, y por el apoyo de algunos obispos al “problema vasco” y a los detenidos. Esto acabó saldándose con el arresto domiciliario del obispo de Bilbao o la homilía en una iglesia madrileña a los cinco ejecutados en septiembre.

Por otro lado, el fracaso del asociacionismo demuestra el peso que ejerció el ala más conservadora para que no se iniciase ningún cambio durante el intento de Arias. Esto era síntoma de que todo cambio iba a estar determinado por los fantasmas del pasado hasta que estos fueran arrinconados y superados desde dentro del propio régimen (Soto Carmona 2005a: 188). El debate se centró en el rechazo a los partidos políticos, a los que se podía dar pie, como símbolos de las desgracias del país. Finalmente, en enero de 1975 se abrió la oficina para información de las asociaciones políticas y, tras varias puntualizaciones de sus cauces, se acordaron las subvenciones para el funcionamiento de estas.

Incluso, Don Juan Carlos no se sentía bien recibido, sobre todo por el “búnker”, y cada vez se acercaba más el momento de la sustitución definitiva a Franco, puesto que su salud empeoraba. En su testamento, Franco pedía la lealtad a su sucesor, el futuro rey Juan Carlos I, por parte de los sectores políticos y, sobre todo, del ejército. Sin embargo, lo que muestran los testimonios es que no existía ningún afán reformador democratizante previo, sino que fue la presión social y política la que fue dando lugar, sin plan, a la transición a la democracia, ya que mantener el régimen sin Franco era imposible.

En los últimos meses de vida del dictador, otra crisis se desató, esta vez externa: la crisis del Sáhara, condicionada por los procesos de descolonización. Este proceso sería apoyado por el Tribunal de la Haya en octubre de 1975, precipitando la salida del territorio de España a favor de Marruecos.

En definitiva, el primer Gobierno de Arias supuso un punto de no retorno. Cuando Suárez tomó la dirección en 1976 la idea de reforma estaría en todos los sectores. Sin embargo, mucho más trascendental simbólicamente fue la aprobación por referéndum de

necesitar ya de él (Casanova 1994).

la Constitución, que define ya la ruptura con el régimen anterior, aunque sea “de la ley a la ley”.

Con la muerte de Franco, los proyectos políticos para España se pueden dividir en cinco: en primer lugar, el proyecto continuista, que pretendía perpetuar el régimen sin Franco y que tenía apoyo por sectores políticos y del ejército, pero no populares; el proyecto pseudo-reformista, que pretendía iniciar leves reformas que estableciesen una “democracia orgánica” con ciertas innovaciones cogidas del sistema democrático, su principal defensor era Arias Navarro y en las primeras elecciones sufrieron un gran fracaso representados por Alianza Popular (AP); los reformistas, quienes estaban representados por Suárez y obtuvieron finalmente el apoyo del rey, su objetivo era lograr un cambio democrático controlado, desde la reforma; el proyecto rupturista, que fracasó a causa de la represión y su incapacidad de unidad coordinadora contra el franquismo, que pretendía el cambio democrático radical y la ruptura con el franquismo; y, por último, el proyecto revolucionario, que buscaba la revolución comunista y estaba formado por pequeñas organizaciones de la extrema izquierda con muy poca incidencia social (Soto Carmona 2005b: 52-57).

El papel del Rey, quien fue nombrado oficialmente tras la muerte de Franco, ha sido considerado fundamental para el paso democrático. Sin embargo, la democracia no estaba entre los planes de Juan Carlos, sino que fue una vía escogida para lograr el verdadero objetivo: conservar la monarquía. Así pues, cuando Juan Carlos fue nombrado Rey, éste confirmó el Gobierno de Arias. Sería la incapacidad de Arias Navarro para llevar a cabo su programa la que propiciaría el acercamiento del rey a los planes reformistas. El nombramiento de Suárez, quien marcó abiertamente como objetivo la democracia, fue el cambio que decidió a los partidos rupturistas para no criticar a la monarquía. Como dice Soto Carmona (2005b: 49), la consecución del objetivo democrático se llevó a cabo con el apoyo de los sectores reformistas y el mínimo diálogo, legitimador, con los rupturistas.

Fue en mayo de 1976 cuando se conoció el *Proyecto de Ley de Reforma de la Ley Constitutiva de Cortes y otras Leyes Fundamentales*, que establecía la existencia de las dos cámaras (Congreso y Senado) y sus formas de elección. Y, dos meses más tarde, el Rey nombró a Adolfo Suárez como presidente de gobierno. El programa de actuación no parece que existiese, solo había intención de reformar para alcanzar una democracia moderna y que el país tuviese legitimidad democrática. Fue la negociación con la

oposición al franquismo la que fue legitimando el proceso, a cambio de la legalización de dichos partidos (Soto Carmona 1994: 113). Lo que más claro estaba entre los sectores políticos instituciones era la necesidad de aprobar la *Ley para la Reforma Política*, pero desde la autotransformación del Estado y evitando la inestabilidad política. Ésta sería la ley que crearía los organismos de representación democrática, las bases del sistema electoral y sus procedimientos de reforma. De esta forma, el método elegido para la reforma democrática era “ir de la ley a la ley”. Antes de someterla a referéndum el 15 de diciembre, fue aprobada por el Consejo Nacional del Movimiento (donde estaba el sector más conservador del franquismo) por amplia mayoría en referéndum —excepto por la Plataforma de Organismos Democráticos y la Coordinación Democrática que pidieron la abstención—.

Así, en la primera mitad de 1977, se desarrollaron las primeras elecciones democráticas, desde la Segunda República, donde quedó en primer puesto Unión de Centro Democrático (UCD), que gobernó en minoría. El objetivo fundamental de estas Cortes era la aprobación de la Constitución de 1978, así que una vez aprobada ésta se procedió a la disolución de las Cámaras y la convocatoria de nuevas elecciones en marzo de 1979.

Los resultados de las elecciones de 1979 no supusieron ningún gran cambio respecto a las de 1977. UCD obtuvo la mayoría, seguida por el PSOE que se consolidó como fuerza de la oposición. Los cambios vendrían en las siguientes citas electorales, empezando por las municipales de 1979 (Soto Carmona 2005b: 139). UCD, que había empezado como coalición (democrático-cristianos, liberales, socialdemócratas, regionalistas, etc.), terminó creándose como partido, y conseguía mantenerse unida gracias a las victorias electorales y el carisma de su líder, Adolfo Suárez —aunque pronto empezaría a desquebrajarse—. Durante su Gobierno, llevó a cabo una política exterior que finalizaba el aislamiento y buscaba la entrada en la OTAN, y desarrolló el Estado autonómico a través de los estatutos de autonomías. Mientras, la derecha continuista fue protagonizando conspiraciones militares y golpes de Estado para intentar quebrar el cambio político, teniendo su acto más importante el 23 de febrero de 1981, cuando los militares entraron en el Parlamento para tomarlo. Por el otro lado, el terrorismo —tanto de grupos revolucionarios (FRAP y GRAPO) y nacionalistas (ETA), como por parte de grupos de extrema derecha que pretendían conservar el orden existente (Batallón Vasco Español, Antiterrorista ETA o la Tripe A)— también fue una constante durante toda la

Transición. Así, en esta situación, el nombramiento de Calvo Sotelo supuso toda una sorpresa en el seno de UCD y entre los propios ciudadanos.

El hundimiento de UCD y el crecimiento del PSOE y de AP-PDP —alianza electoral entre Alianza Popular (AP) y el Partido Demócrata Popular (PDP)— en las elecciones de 1982 supuso la constitución del “sistema de partido predominante”, hecho por el que se las ha denominado “las elecciones del cambio”. El PSOE consiguió los suficientes escaños para gobernar en solitario. El cambio de opción política no estaba motivado por un deslizamiento del pensamiento del electorado, pues este se mantenía en el centro, sino por la fuerza que representaba ese centro. A finales de 1982, el cambio de Gobierno hacia un partido que había estado durante el régimen en la oposición democrática supuso el fin de las tareas propias de la transición a la democracia, pues ya se habían despejado las incertidumbres políticas del cambio (Soto Carmona 2005b: 191).

2.2. Los movimientos sociales

Antes de adentrarnos en los movimientos sociales con más trascendencia en la transición a la democracia en España, es pertinente dar ciertas pinceladas alrededor del surgimiento de los Nuevos Movimientos Sociales y sus diferencias respecto a los movimientos sociales más tradicionales. El origen de estos se encuentra en la crisis de legitimación que sufrieron los partidos políticos y el movimiento obrero, sobre todo desde la segunda mitad de la década de los sesenta. Esta pérdida de referencialidad⁴ suponía a su vez la insuficiencia del clásico análisis de clase como perspectiva desde la que transformar la sociedad, a favor de formulaciones más neutras e interclasistas (Duch Plana 2011: 258). De tal forma que el enfoque individual iría sobreponiéndose frente al colectivo y se tratarían otros temas que los movimientos tradicionales habían tocado más tangencialmente, con demandas de tipo más posmaterialista. Además, se vieron modificadas las formas de protestas, donde se antepusieron las no violentas, y también

⁴ Para comprender esta crisis de referencialidad del enfoque de clase marxista, no podemos mirar a otro lado que a las propias organizaciones de dicha ideología. El peso que se había dado al movimiento obrero (en el sentido más estrecho de este que lo reducía a la mera lucha sindical de los obreros contra sus patrones) durante el periodo de maduración del marxismo, así como al aspecto materialista de su epistemología, imprimían unos límites reduccionistas —o si se prefiere, ortodoxos— en la perspectiva marxista que petrificaban su capacidad de incidencia en la sociedad. Esto puede verse, por ejemplo, en el concepto de “progreso” que manejará sobre todo el marxismo más occidentalizante y que le llevará a buscar en la historia, desde una perspectiva influida por el positivismo científico, leyes absolutas. Todo esto termina agudizándose con la caída del Muro de Berlín por la trascendencia que tuvo el fracaso de los regímenes comunistas en su capacidad de influencia. Más adelante hablaremos de ello.

las formas organizativas, predominando la descentralización basada en la crítica al burocratismo (Casquette, 2001). A su vez, estos Nuevos Movimientos Sociales, que necesitaban de un replanteamiento de las relaciones con los partidos políticos, estuvieron muy influenciados especialmente por el PCE y sus dirigentes, para bien o para mal. La subordinación burocrática que imprimía la perspectiva de esta organización comunista a los movimientos sociales, que habían surgido de la movilización espontánea y democrática de las masas, terminó con la llamada pragmática a una alianza con la burguesía liberal para la reforma democrática, de ahí que muchas de las organizaciones de estos movimientos terminasen siendo más radicales que el propio PCE (Laraña Rodríguez-Cabello, 2011).

El movimiento estudiantil fue uno de los más relevantes en la oposición al franquismo, manifestando en las universidades el ambiente democrático, político y cultural de la época. El aporte de este movimiento al tardofranquismo fue doble: por un lado, introdujo elementos novedosos que los viejos movimientos no habían tenido tanto en cuenta como el enfoque ecológico, el sexual o el feminista; y, por otro lado, aportó un gran número de cuadros políticos a la Transición, que venían en su gran mayoría de la universidad (Carrillo-linares 2006: 152). Es más, el fin del franquismo se aseguró mediante el sistema de partidos y el cambio del clima político-cultural de depurar cualquier permanencia de oposición extrema que intentase integrarse parlamentariamente.

El movimiento estudiantil no cumplió con todas las características de los Nuevos Movimientos Sociales a la perfección. A diferencia de aquellos, los componentes políticos de este movimiento se relacionaban claramente con la influencia de las organizaciones políticas (principalmente PCE; las JGRE, que crearon la Federación Universitaria Democrática Española [FUDE]; y la LCR) (Wilhelmi 2016: 75). Sin embargo, muy minoritariamente esa influencia se transformaba en dirección del movimiento, quedando más bien en apoyo ideológico justificativo y organizativo-logístico (Carrillo-Linares 2011: 226); algo que sí que ocurría cuando nos referimos a la vanguardia del movimiento, que fue copada por los militantes más activos de la izquierda. Las organizaciones que más influencia tendrían son aquellas, de la extrema izquierda, que estaban regidas por el “centralismo democrático” (Carrillo-Linares 2011: 227) ya que este sistema jerarquizado favorecía a la clandestinidad y eficacia que requería el tardofranquismo.

Fue esta dependencia de las organizaciones políticas la que facilitó el clima desmovilizador cuando empezó el proceso político de transición. En los meses previos a las elecciones de 1977 comenzaron los mensajes que llamaban a la vía parlamentaria y convencían de que ya estaba cumplido el objetivo principal de derrotar el franquismo, “ahora tocaba que los agentes políticos autorizados realizaran su trabajo” (Carrillo-Linares 2015: 68-70). Desde ese momento el movimiento estudiantil basculó hacia la academia y, aunque mantuvo el clima reivindicativo, fue despolitizando cada vez más su crítica. Poco a poco las reivindicaciones fueron orientándose más al ámbito académico o corporativo. Además, esta desmovilización también se plasmó en la merma de organizaciones universitarias, a favor del aumento de las organizaciones puramente políticas, y los proyectos de unidad estatal estudiantil tuvieron poco arraigo, a excepción del Sindicato de Estudiantes. El ambiente crítico políticamente se mantuvo mientras hubo temor de que la Transición fuese controlada por el propio franquismo, y la no legalización de muchos partidos mantuvo con aire durante cierto tiempo estas organizaciones estudiantiles como tapadera. Siendo tras 1977 cuando el ritmo de decrecimiento tornó imparable, ahora tocaba mantener lo conquistado a toda costa.

La lucha feminista tuvo un impacto muy importante en el asentamiento de las bases de la cuestión de género y en la agenda política de la Transición. El feminismo se constituyó como nueva vanguardia de la izquierda, paralelamente al resto de movimientos “nuevos” y “viejos” (Duch Plana 2011: 268). Fue uno de los núcleos más activos en este cambio político-cultural que condicionó toda la sociedad gracias a su transversalidad y ayudó en la movilización de las mujeres.

El movimiento femenino tiene como detonante la instrumentalización del Año Internacional de la Mujer de 1975 por parte del régimen franquista. Desde ese mismo año hasta el fin de la Transición, el movimiento feminista es dividido por Montserrat Duch Plana (2011) en tres momentos claves. En primer lugar, las jornadas que se celebraron tras la muerte de Franco en Madrid, donde se aceptó el término feminismo de forma unánime, se debatió sobre la relación de dichas organizaciones con el socialismo y/o los partidos políticos y se habló sobre el programa de reivindicaciones femeninas. Tras estas jornadas surgieron múltiples organizaciones feministas (entre ellas están el Movimiento Democrático de Mujeres, el Movimiento de Liberación de la Mujer, impulsados principalmente por el PCE; el Frente de Liberación de la Mujer y las asociaciones de amas de casa, impulsados por el PTE) (Wilhelmi 2016: 73) influenciadas principalmente por

organizaciones de izquierda y extrema izquierda. El segundo periodo comienza al año siguiente en Barcelona, con las Jornades Catalanes de la Dona, que generó un movimiento unitario y plural, donde había representantes de todo un amplio espectro social e ideológico. Esta heterogeneidad dio lugar a disensiones y tensiones, lo que no se vio como problema sino como ejercicio de la libertad de expresión y el proceso de concienciación feminista. Por último, el tercer periodo se inicia en Granada en 1979, donde aparecen las diferencias radicales dentro del movimiento feminista y se produce la ruptura entre aquellas que apoyaban el feminismo de la igualdad, más vinculado a los partidos políticos, y quienes apoyaban el feminismo de la diferencia, relacionado únicamente con el tema femenino.

El surgimiento, por otra parte, de las asociaciones de vecinos constituyó una respuesta a un problema concreto provocado por el crecimiento urbano irregular y poco planificado producido por el gran aumento de población en las ciudades a causa de la migración rural. Sin embargo, significó mucho más que una respuesta a ese problema, puesto que fue decisivo para la creación de una identidad y conciencia colectivas, la legitimación de los derechos sociales y la democratización del país. Su trascendencia fue fundamental en el proceso de transición para generar un modelo de política participativa: “los barrios se convirtieron en verdaderas escuelas de democracia” (Quirosa-Cheyrouze y Muñoz & Fernández Amador 2011: 208).

Suele tomarse como referencia para su nacimiento el año 1964, cuando se aprobó la Ley General de Asociaciones que regulaba legalmente las actividades culturales, sociales, recreativas y asistenciales sometiéndolas a un férreo control estatal (Quirosa-Cheyrouze y Muñoz & Fernández Amador 2011: 209). Esta ley tenía como objetivo la representación de los núcleos familiares para el mantenimiento de la estructura vertical social y la movilización de sectores no encuadrados dentro del Movimiento.

En su origen, las asociaciones de vecinos favorecieron a la unión de estos con los trabajadores pues, aunque las demandas concretas no siempre coincidían, los planteamientos básicos solían estar relacionados. Pero este no fue el único sector social sobre el que se asentaron las asociaciones de vecinos, también integraron iniciativas de los pequeños comerciantes, lo que contribuyó a la formación de una identidad colectiva y a establecer una convivencia pluralista (Quirosa-Cheyrouze y Muñoz & Fernández Amador 2011: 212). Entre las formas de acción más características de este movimiento

estuvieron las asambleas de barrio, aunque también las recogidas de firmas, la presencia en plenos municipales y la desobediencia a la autoridad en huelgas de pagos.

El desarrollo correcto de este asociacionismo vecinal fue favorecido por el apoyo parroquial que se dio tras el Concilio Vaticano II, pero la identificación de este movimiento con la oposición al régimen favoreció paulatinamente a la integración de los sectores que andaban en la clandestinidad. Además, también desarrolló vínculos con los otros movimientos sociales estudiantil y feminista, siendo bastante notable por ejemplo en la gran presencia femenina. Las agrupaciones de barrio lideradas por organizaciones radicales (como Bandera Roja, OIC o PTE) eran minoritarias, pero lograron una gran hegemonía. En Madrid, las principales organizaciones en dinamizar este movimiento fueron PCE y PTE (Wilhelmi 2016: 69-70).

Respecto a las reivindicaciones, podemos decir que la fundamental fue la problemática de la vivienda, pero no fue la única. Esta fue derivando en aquellas que se referían primero al paro y la droga, y después al mal estado urbanístico y sanitario de los barrios, e incluso problemáticas más referidas al asistencialismo social. En definitiva, estas luchas favorecieron a la toma de conciencia por los ciudadanos de la realidad del país y fueron profundizando en el entramado político estatal. Sobre todo, esta politización fue más fuerte en los territorios de nacionalidades históricas.

No obstante, esta presión, que se hizo especialmente intensa en las elecciones de 1977, volvería a su normalidad tras las jornadas democráticas de 1979, cuando el movimiento vecinal comenzó a debilitarse. El debilitamiento puede explicarse por la integración de los dirigentes vecinales en las listas electorales de los partidos democráticos, así como el fuerte peso de los militantes políticos de izquierda, que disminuyeron su actividad aquí cuando pudieron legalizar sus propias organizaciones. Así, las asociaciones de vecinos no supieron adaptarse a la nueva realidad democrática y solamente sobrevivieron como testigos históricos.

Otro de los movimientos sociales que tendrá influencia en este periodo fue el pacifista, aunque con ciertas peculiaridades respecto a los de otros países, puesto que fue un movimiento ideológicamente radicalizado e insertado dentro del imaginario de izquierda, a pesar de que ni la izquierda moderada ni la radical terminasen de comprenderlo. Los años cumbre de este movimiento no serán en la Transición, sino en la

década de los 80, pero sus orígenes se encuentran aquí. Algo que no resulta tan ilógico si tenemos en cuenta el peso que tuvo la paz y la seguridad en el periodo que nos ocupa. Precisamente, en múltiples ocasiones los mismos militantes rechazaron el uso del término pacifismo, a cambio de antimilitarismo o No Violencia (Oliver Olmo 2011: 284).

La formación de los primeros grupos puede fecharse en torno a 1971, con la campaña de apoyo a Pepe Beunza, quien fue el primer objetor de conciencia por motivos éticos y políticos. Sin embargo, será en el período de 1974-1975 cuando tomarían impulso los grupos contra la violencia y en apoyo a los servicios sociales alternativos al servicio militar obligatorio (Oliver Olmo 2009: 19-21). Es en este momento cuando empezaron a tejerse asociaciones y grupos que unían a pacifistas católicos y a educadores en la paz. Los curas obreros impulsarán grupos No Violencia que destacan por una militancia de fuerte inspiración católica. Desde 1974 se impulsan campañas por todo el país donde se dan charlas que llaman a la objeción de conciencia en el servicio militar obligatorio. Este peso ideológico de la desobediencia daba un toque radical al movimiento que le imprimía necesariamente un gran sacrificio personal. Ellos mismos generaron estructuras específicas de movilización social —puesto que, aunque mantenían relaciones con la izquierda y extrema izquierda, existía cierto distanciamiento—, que terminaron por condensarse en el Movimiento de Objeción de Conciencia en 1977. Para el impulso de este movimiento no solo se usó la rebeldía frente al servicio militar, también se utilizaron iniciativas educativas por la paz, encierros, acciones callejeras, etc.

El último de los movimientos sería el de grupos marginados, que creó en 1977 su Coordinadora de Grupos Marginados, llamando a las organizaciones populares a luchar por “la libertad sexual, la supresión de jurisdicciones especiales, la legalización de la prostitución, la igualdad para la mujer, el derecho al aborto libre y gratuito, la despenalización del consumo de drogas y la amnistía total” (Wilhelmi Casanova 2011: 287). Sin embargo, el objetivo inmediato era la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, aquella que caracterizaba quienes eran “vagos habituales” “en estado peligroso”. La plataforma duró apenas un año, pero generó conciencia social colectiva en los grupos marginales: presos comunes, homosexuales y minusválidos. El principal problema que Wilhelmi señala en su documento es el localismo que marcaba a estos grupos y que le imprimía dificultades para la coordinación general (Wilhelmi Casanova 2011: 298).

El grupo de los presos comunes exigía la reconsideración de sus condenas a causa de la subjetivación judicial del régimen franquista contra los pobres, siendo muchas de las condenas en juicios sin garantías y con confesiones arrancadas en torturas. No solo reclamaban la amnistía general, también la lucha contra la dictadura a favor del socialismo y la democracia. El movimiento comenzó con la organización de los presos comunes dentro de la cárcel de Carabanchel, pero pronto se le unió la Asociación de Familiares y Amigos de Presos y Expresos (AFAPE), un grupo asambleario formado por familiares, amigos y expresos, además de militantes libertarios, maoístas y trotskistas (Wilhelmi Casanova 2011: 289). Pronto pudieron editar su propia revista gracias a la ayuda de los aparatos propagandísticos de organizaciones como LCR y Acción Comunista (AC), aunque también del sindicato anarquista CNT. Tras la aprobación de la ley de amnistía de 1977, que dejaba fuera a presos comunes, se organizaron múltiples motines coordinados por todo el Estado. Sin embargo, cuando la negociación parecía que empezaba a caminar contra los funcionarios torturadores, un atentado de los GRAPO contra el Director General de Instituciones Penitenciarias no solo paró el proceso, sino que inició una contraofensiva. El movimiento no logró sobreponerse y terminó en 1979.

En cuanto al colectivo homosexual, la represión sufrida no era igualitaria en todo éste, sino que dependía de la clase social a la que se permaneciese y los contactos con los que se contaba; ya que los tres días que pasaban reclusos en la cárcel implicaban torturas, violaciones y vejaciones. Fue en 1976 cuando empezaron a crearse los primeros colectivos que buscaban el fin de la represión, la legalización de los anticonceptivos, etc. La lucha sexual se vinculaba a la lucha social mediante la crítica al gueto como forma de exclusión. A pesar de que la mayoría de los militantes de este movimiento no militaba en otras organizaciones, sí que había múltiples militantes de PCE, LCR y Movimiento Comunista (MC) que tuvieron actividad en este. Incluso fue MC quien garantizó la respuesta segura a un ataque de la extrema derecha en 1979.

El último de los colectivos, el de minusválidos, formó Minusválidos Unidos en 1976 a través de los militantes minusválidos de las organizaciones de izquierdas clandestinas —PCE, ORT, LCR y los libertarios— en las universidades (Wilhelmi 2016: 77). Este colectivo tenía una perspectiva de clase más agudizada que los anteriores y la militancia de sus activistas era doble. Pronto consiguieron su legalización y la ayuda del Estado a través de financiación (se le otorgó un local), pero esto no frenó su carácter

radical. Fue el único que no terminó disolviéndose, aunque quedó para el asistencialismo social.

En esta situación de efervescencia en cuanto a movimientos sociales y movilizaciones populares de todo tipo, cabe hacer referencia al sindicalismo obrero más radical, un ambiente muy apropiado para el trabajo intenso de las organizaciones que nos tocan. Este tipo de sindicalismo, en las organizaciones comunistas, va a carecer de continuidad desde la Guerra Civil y va a resurgir desde la asamblea y la dispersión organizativa. La situación de crisis económica y política va a crear un hervidero, sobre todo en los estallidos sociales de 1976 —en los que participaron PCE, Unión Sindical Obrera (USO), Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), CCOO, ORT, MCE y el PTE (Wilhelmi 2016: 58)—, en el cual se esperaba poder cimentar un sindicalismo revolucionario que apoyase socialmente la transformación socialista de la sociedad. Pero la espontaneidad poco a poco va dando paso a formas organizativas más estructuradas: los sindicatos mayoritarios tienen peso favorable en las negociaciones y mayor capacidad de visibilización. El movimiento social se iría despolitizando, principalmente en 1979, a favor de las jerarquías sindicales y la política institucionalizada. Ante esto la mayoría de organizaciones tendrían como objetivo la pugna contra el PCE, para atraer a sus bases, presentando una correcta interpretación de los postulados marxianos y ofreciendo mejor estructura organizativa a dichos movimientos sociales (Vega García 2011: 185). Todo este trabajo fue realizado, desde la táctica trotskista, dentro de los mismos sindicatos mayoritarios, generando sectores de izquierda en ellos —como es el caso de MC, LCR, OCE(BR) y otros grupos—; aunque muchos fueron forzados a la escisión y tuvieron que generar sindicatos nuevos, como fue el caso del Sindicato Unitario o la Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores —brazos sindicales de ORT y PTE— o la Asociación Obrera Asamblearia —sindicato del PCE (m-1) que terminó integrándose en Comisiones Obreras (CCOO)— (Vega García 2011: 186).

2.3. Antecedentes de la izquierda radical

Tras el fracaso de la resistencia al franquismo, en 1952 el PCE abandonó la guerrilla e intentó agrupar a la oposición a través del Frente Nacional Antifascista y la Huelga Nacional. Pero el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) le obligó a tomar posición en la escisión que se dio en el movimiento comunista internacional, posicionándose rápidamente del lado de Nikita Jrushchov, pues Santiago

Carrillo veía esta nueva línea favorable a la reconciliación nacional en España (Pérez Serrano 2013: 251). El VI Congreso del PCE sancionó esta línea y estableció el análisis de España como un país semifeudal y monopolista donde era necesaria la revolución democrática para, a partir de ahí, intentar ganar la hegemonía del movimiento democrático.

Así fue evolucionando hasta su desembocadura en el eurocomunismo en 1977, cuando terminó de renunciar a la revolución socialista y pactó con fuerzas burguesas incluso de derechas. El fracaso de la línea escogida no hizo sino mostrar su total desconexión con la realidad española y generó contradicciones en el movimiento comunista español.

Es precisamente durante estos años, la década de los cincuenta y principios de los sesenta, cuando empezaron a formarse las organizaciones antecesoras de los partidos de la izquierda radical que operarían durante la Transición. El detonante de la formación de estas organizaciones fue, mismamente, el desacuerdo y ruptura con los partidos y grupos de origen, dando lugar a lo que Consuelo Laiz (1995: 36) menciona como triple procedencia: por un lado, la procedencia nacionalista, principalmente del Partido Nacionalista Vasco (PNV), a la que pertenecían organizaciones como Ekin, ETA-Berri y un sector de ETA-VI Asamblea; por otro lado, la procedencia católica que compartían la Acción Sindical de Trabajadores (AST) y el Frente de Liberación Popular (FLP, o también conocido como *Felipe*), de donde nacería el grupo Comunismo; y, por último, la procedencia comunista, formada principalmente a partir de escisiones del PCE, que compartirían organizaciones como el Partido Comunista de España (internacional) [PCE(i)], el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE(m-l)] y la Organización de Marxistas-Leninistas de España (OMLE).

Aquí es donde se enmarca el nacimiento de las organizaciones Frente, ordenadas en torno al FLP que se creó en 1956, tenían como objetivo llevar el marxismo a la práctica a través de tendencias humanistas —que intentaban conciliar cristianismo y darwinismo— inspiradas, por contra del PCE, en un socialismo más consejista y libertario, siendo su base social los movimientos estudiantiles y los círculos católicos interesados en el marxismo. Estaban formadas heterodoxamente por la unión de marxistas libertarios y comunistas de izquierdas en torno a la referencialidad en Cuba, Vietnam, etc. y la crítica del estalinismo. Para Kolakowski (1983) eran, despectivamente, jóvenes

caprichosos de clase media que se caracterizaban por su crítica al estalinismo, la confianza de que la revolución podría desarrollarse al margen de las condiciones objetivas y la creencia en que la próxima revolución se desarrollaría en el Tercer Mundo. La escasa rigidez ideológica iba de la mano con su estructura organizativa.

Sus orígenes hay que buscarlos en las reuniones de universitarios, jóvenes intelectuales y católicos progresistas, de una generación que ya no había vivido la Guerra Civil. Se veían unidos por su oposición a la Dictadura, un pensamiento socialista difuso y la ausencia de vínculos con la oposición que había en el exilio (García Alcalá 2001: 25). Julio Cerón, quien sería su primer secretario general, conseguiría organizar a varios grupos de intelectuales católicos y progresistas, que escribían publicaciones en Madrid y Barcelona, en torno a él. Y la organización rechazaba la creación de estructuras orgánicas demasiado rígidas, por lo que la mayoría de las decisiones se tomaban en la misma facultad (García Alcalá 2001: 42). En este primer FLP, no existía diferenciación entre los militantes y los simpatizantes, puesto que la vinculación era más emotiva que ideológica, y todos podían asistir a las reuniones sin problema. Esto hacía que la organización fuese excesivamente abierta para la época y su represión (García Alcalá 2001: 50).

Tuvo un crecimiento bastante rápido, sobre todo a través de los amigos y conocidos de los militantes en las facultades. En un principio el objetivo era colarse en el Sindicato de Estudiantes Universitarios. Y para 1958 ya tenía una estructura asentada. Al año siguiente, en junio de 1959, el PCE y el *Felipe* prepararon la Huelga General Pacífica, que este segundo pretendía usar para promocionarse entre los obreros teniendo en cuenta incluso las posibles consecuencias represivas que podía conllevar. Así fue, las organizaciones que participaron sufrieron duramente la represión, y la mayoría de los militantes detenidos fueron rápidamente puestos en libertad a causa de su origen social —ya sea por contactos o porque no parecían ser muy peligrosos para el régimen—, excepto unos pocos por sus orígenes sociales o por antecedentes familiares. Al prepararse para el juicio, organizaron campañas de apoyo a los detenidos para darse difusión. Sin embargo, el resultado fue bastante agríndice, porque muchos veían el planteamiento de defensa muy conservador, ya que se basaba en argumentar el carácter católico de la organización y su incompatibilidad con el comunismo (García Alcalá 2001: 65). Desde este momento la autocrítica fue necesaria: se produjo un cambio en la dirección, con el encarcelamiento de Julio Cerón, y la nueva dirección quiso eliminar cualquier atisbo de catolicismo, crear una organización clandestina y eliminar el amiguismo. La mayor

consecuencia de la Huelga General Pacífica fue la radicalización de algunos sectores del FLP.

La nueva organización —que podemos identificar coloquialmente como segundo FLP—, dirigida por la Central de Permanentes, trajo una impronta de mayor carácter marxista y confeccionó organigramas muy detallados en forma de pirámide o en “compartimentos estancos” y potenciaron las células leninistas (García Alcalá 2001: 81). En su propio sentido federalista, pronto se creó la sección catalana llamada Frente Obrero de Cataluña (FOC), de línea un poco más radical y que estaba dirigido entre otros por Pasqual Maragall, y la sección vasca, que se llamó Euskadiko Sozialisten Batasuna (ESBA). Quedaron fuera aquellos que no quisieron acatar el cambio y los menos activos, que pasaron a dar un apoyo más externo, teórico, logístico y económico.

La dirección comparaba la situación del país con los de los países coloniales donde las movilizaciones populares insurreccionales se apoyaban en las guerrillas para derrocar a los Gobiernos. Empezaron a estudiar los documentos de experiencias guerrilleras, a estudiar las mejores localizaciones y a intentar formarse militarmente con apoyo exterior. Esta radicalidad no durará mucho, a causa de la represión, aunque sí generó en sus cenizas otras nuevas organizaciones (Pérez Serrano 2013: 252-253). La oleada huelguística que se produjo en 1962 fue muy bien usada para promocionar la organización, pero, sin embargo, supuso un gran golpe represivo que desmanteló el FOC, mermó el FLP y acercó el ESBA a las posiciones de ETA —acercamiento que duró poco y generó una escisión en esta última—. Los testimonios relacionan estas detenciones con la falta de cumplimiento de las normas de seguridad, a pesar del gran hincapié que había hecho la nueva dirección. En las prisiones muchos de ellos estuvieron con militantes del PCE que les acercaron a sus posiciones, por lo que, al salir, una parte pasaría a militar al PCE y otra dejaría la vida política.

El Congreso de Pau intentó revivir la organización, estableció un organigrama confederal e hizo autocrítica por sus planteamientos previos. Sin embargo, los años posteriores fueron muy difíciles y a duras penas consiguió reponerse. La influencia del PCE aumentaba entre sus militantes, mientras que el sector del exterior hacía énfasis en la radicalidad revolucionaria.

La crisis estalló por la federación del exterior, donde se descubrió el carreo de varios militantes con el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) y los militantes de esta federación del FLP pedían la unidad con las juventudes de esa organización. El proceso de unidad nunca se llevó a cabo y se expulsó a los militantes más significativos, que fueron seguidos por el resto de las células. Este grupo se uniría con sectores de las Juventudes Socialistas Revolucionarias y formarían una nueva revista llamada Acción Comunista (AC), derivando posteriormente en una organización de nombre homólogo (García Alcalá 2001: 186) —sobre la que hablaremos detenidamente más adelante—. Esta crisis provocó la crítica de muchos colectivos del interior, la salida de muchos dirigentes hacia el PCE y la generación de un cambio en la dirección, que se pretendía autocrítico e iniciaría la tercera y última etapa de esta organización.

Sin el sector más radical, los cambios a nivel de funcionamiento no supusieron mucha innovación, mientras que a nivel ideológico ya no quedaba más influencia que la de la “nueva izquierda” europea que apostaba por el gradualismo, abandonando la lucha insurreccional, hacia el socialismo, o más bien hacia la conquista de sectores del Estado. Pero pronto volverían a haber divergencias, sobre todo por parte del FOC, que incorporó una nueva hornada de militantes más radicalizados. El sector más radicalizado sería expulsado y formaría más tarde el grupo “proletario” que terminaría integrándose, tras varios meses de contactos sin fruto con AC, en el PCE(i). El resto del FOC también estaba teniendo un auge de radicalidad en relación con el resto del *Felipe*, pero, además, su crecimiento cuantitativo de militantes y de influencia en CCOO estaba siendo muy grande. Mientras, en Madrid la radicalidad universitaria de 1967-1968 fue generando nuevos sindicatos estudiantiles, los cuales organizaron acciones violentas, que eran mucho más radicales que el Sindicato Democrático, donde también participaría la federación madrileña del FLP, ya que no se querían ver sobrepasados por organizaciones como PCE(i) o PCE(m-l).

La cuestión del federalismo y del nacionalismo cada vez sobrepasaba más a la organización, ya que acrecentaba las contradicciones dentro del propio *Felipe* y entre el FLP con el FOC y ESBA. El detonante fue la IV conferencia del FOC donde se expulsó a una “fracción” trotskista como medida disciplinante, se echó a los observadores del FLP y ESBA, y se asentó la línea marxista-leninista con críticas al sindicalismo —que terminaron con la salida de CCOO—. La disolución estaba servida: en el FOC, la “fracción” expulsada terminó formando la Liga Comunista Revolucionaria y los

continuistas se separaron en varias ramas —el grupo hegemónico creó las Plataformas Anticapitalistas, el sector obrero creó Lucha de Clases y terminaron integrándose en el Partido del Trabajo de España (PTE) y otras células crearon la Unión Comunista de Liberación—; en Madrid la noticia supuso la dimisión de muchos dirigentes, los sectores universitarios crearon el grupo “Comunismo” y otros se integraron en el PCE; el ESBA desapareció para finales de año; el FLP valenciano se unió a las Plataformas Anticapitalistas; los asturianos se unieron al PCE(i) o a la futura LCR; etc. En definitiva, y como dice en su entrevista Joaquín Leguina, “el FLP murió de un empacho del mayo del sesenta y ocho” (García Alcalá 2001: 261).

3. Las organizaciones comunistas radicales

A lo largo del siguiente capítulo desgajaremos las principales organizaciones comunistas radicales, estructurándolas en tres grandes corrientes: el maoísmo, el prosvietismo y el trotskismo.

3.1. El maoísmo y sus influencias

Desde el inicio del proceso de desestalinización llevado a cabo por la URSS en 1956, tras la muerte de Stalin, hasta mediados de la época de los ochenta, el principal grueso de las organizaciones comunistas radicales del Estado español se adscribía a la corriente maoísta. Ésta nace con la ruptura con el PCUS, por su deriva burocrática, y la crítica a los planteamientos políticos y económicos expuestos por los bolcheviques (Mao, 1977), pero no desde la perspectiva de liquidar la corriente bolchevique, sino de reimpulsarla con nuevos desarrollos teórico-prácticos, es decir, desde la defensa y desarrollo del propio bolchevismo (Rupar 2018: 568).

i. PCE(m-l)

Desde el exilio, múltiples grupos disidentes, de estudiantes e intelectuales que habían trabajado previamente junto al Partido Comunista de España (PCE), se organizaron desde publicaciones propias —como por ejemplo *El Proletario*, *La Chispa*, o *España Democrática*— y fueron convergiendo hasta formar en 1964 el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE(m-l)], de la mano de la ruptura chino-soviética. Esta organización estaba dirigida por Elena Ódena y Raúl Marco, y tenía como órgano de expresión central la publicación *Vanguardia Obrera* (Pérez Serrano 2013: 255). Durante sus primeros años fue difícil su consolidación, a causa de la constante

represión policial, las detenciones y las múltiples escisiones que sufrió. El Comité Central, que estaba en el exilio, consiguió relanzar la organización a través de la unión con múltiples grupos pequeños para finales de la década de los sesenta.

Adoptó, desde el principio, el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung, defendiendo el legado de Stalin, las alianzas antimonopolistas y la revolución por etapas. Según Consuelo Laiz (1995: 77-78), es este partido el que más se acercaba en similitud a las tesis maoístas, conforme al modelo revolucionario de China, planteando, a través de la guerra popular prolongada, ir cercando las ciudades desde el campo; y también es el único que se consideraba el partido revolucionario del proletariado. En su programa político, compartía con el PCE el carácter semifeudal de España, emanado del análisis socioeconómico que hacían del país (Domínguez Rama 2010: 399), y siendo su objetivo inmediato hacer la revolución democrático-nacional que instaurase una República Popular y Federativa. Según este análisis, España era una colonia de Estados Unidos, aunque a la misma vez, de forma en cierto modo incongruente, era tildada de país imperialista. Para esta revolución democrático-nacional, el PCE(m-l) planteaba la creación del Frente Único de los trabajadores —que estaba inspirado en la alianza antimperialista de China para expulsar a Japón, aspirando a unificar todas las fuerzas antifranquistas, pero que, más que otra cosa, recuperaba el concepto del Frente Popular de la Guerra Civil— y del Ejército popular como instrumentos políticos (Laiz Castro 1995: 156).

El PCE(m-l) se asimilaba como continuador del PCE de José Díaz y el Frente Popular, apoyado por activistas y núcleos de combatientes de la misma Guerra Civil, e introdujo las innovaciones de la guerra popular, influenciado por China, y la articulación por la base, influenciado por Albania (Pérez Serrano 2013: 256). Aun así, en 1970, la política del PCE(m-l) dio un giro brusco a causa del deterioro de sus relaciones internacionales con China, quien estaba empezando su acercamiento a EEUU y al PCE. Ante ello, el mantenimiento de su única ayuda internacional, Albania, hizo que cambiara su línea progresivamente hacia el hoxhismo, reforzando su carácter “estalinista” (Terrés 2007: 166).

Fue con esta nueva etapa abierta en octubre de 1970, cuando el Comité Central promulgó el desarrollo de organizaciones de masas y la creación de un frente de rama militar —sería el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), presentado en

1971— (Pérez Serrano 2013: 256). Así, durante los primeros años de la década de los setenta, la organización tuvo un gran crecimiento, viéndose como un referente revolucionario en lucha violenta contra el franquismo, leal al discurso marxista-leninista y defensor del socialismo de pequeña nación antimperialista de Albania (Terrés 2007: 168). En 1973, tuvo lugar clandestinamente en Milán su primer congreso, en el que la organización se centró en organizar y expandir los Comités pro-FRAP por todo el país. En este frente dirigido por el PCE(m-l) se integraron distintas organizaciones, como la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), la Federación de Estudiantes de Enseñanza media, la Oposición Sindical Obrera (OSO), y las juventudes del PCE(m-l) (Wilhelmi 2016: 36). Éstos no pasaron a la lucha armada hasta 1975, justificada como “autodefensa” (Domínguez Rama 2010: 401) ante la inminencia de una transición controlada por la oligarquía, año en el que cometerían sus primeros tres atentados⁵ (Setién Martínez 1999: 368). Los otros frentes de masas más destacados fueron: a nivel sindical, la Oposición Sindical Obrera (OSO), que actuó durante los sesenta como su sindicato particular, y en el ámbito estudiantil, la Federación Universitaria Democrática Española. Tuvieron también otros frentes en el ámbito del campo y en la lucha de la mujer, pero de menor peso (Roldán Barbero 2011: 32-33).

La fragilidad del FRAP en sus acciones armadas aisladas e inconexas hizo que la rápida reacción policial detuviese y desarticulase a la mayoría de las redes de éste y del partido, poniendo en marcha la autoritaria maquinaria del Estado y condenando a muerte a tres de sus militantes en 1975 (Terrés 2007: 171). Una vez constituido el FRAP y con el proceso democrático abierto desde la propia oligarquía, la justificación de la lucha armada fue variando hacia “convertirse en detonante de la revolución” (Castro Moral 2002: 330-331). Como consecuencia de este aventurerismo terrorista, la organización entró en disputas internas que se saldaron con una escisión y la convocatoria del II Congreso en 1977. En este congreso, la organización reafirmará su carácter estalinista, reforzará la concepción de vanguardia del Partido y la defensa de la Albania socialista. La crisis del franquismo auguraba la inminencia de la revolución, según la perspectiva optimista del PCE(m-l), asegurando dicha revolución por estas condiciones “objetivas” (Domínguez Rama 2010: 405-406).

⁵ El Comité pro-FRAP cometió previamente otra acción violenta, el 1 de mayo de 1973, donde murió un policía.

Coherentemente con esta política, pidió el boicot activo para las elecciones de 1977 y también para la Constitución de 1978. Sin embargo, en lugar de ser “la chispa que prendiese la pradera”, como reza el célebre dicho comunista, las acciones armadas reforzaron al bloque reformista y aislaron cada vez más al partido. Ante esta situación, el PCE(m-l) inició un cambio de táctica, abandonando la lucha armada y apostando por la creación de un frente republicano. Por lo que en las elecciones de 1979 concurre como Izquierda Republicana y consiguió su legalización en 1981 (Pérez Serrano 2013: 258). Pero el fracaso electoral en 1982 y la victoria del PSOE hizo que la organización entrase en declive, al igual que sus relaciones con el régimen del Partido del Trabajo de Albania, quien estaba empezando a establecer unas relaciones diplomáticas más posibilistas y, en consecuencia, a moderar su discurso (Terrés 2007: 174). El mismo año que cayó el régimen albanés, 1992, fue el año en el que se celebró el último Congreso del PCE(m-l), donde se decidió su disolución.

ii. PCE(r)

En Bruselas, desde diversos núcleos escindidos del PCE y PCE(m-l) —entre los que se encuentran Mundo Obrero Revolucionario, la Organización Comunista M-L, los Comités de Apoyo al Pueblo de Vietnam y los círculos guevaristas (Pérez Serrano 2013: 258)—, se forma la Organización de Marxistas-Leninistas de España (OMLE) en 1968. Tras su constitución, comenzó a editar el periódico *Bandera Roja* y fue aumentando su peso desde el exterior del país. Los primeros colectivos serían en Madrid y Cádiz a partir de los emigrados, pero no fue hasta 1972 cuando empezó a expandir sus federaciones por el interior. Un año antes había entrado en la organización el responsable del Partido Comunista de España (internacional) [PCE(i)] en Madrid, quien era conocido como Camarada Arenas, con un grupo de obreros que lideraba.

La línea ideológica de la OMLE estuvo desde el principio influida por el tercermundismo, por el mayo francés y el maoísmo de la Revolución Cultural china. La OMLE, a diferencia del PCE(m-l), no se concebía a sí misma como el Partido desde su nacimiento, por lo que su objetivo estaba en reconstruirlo, y calificaba a España como un país imperialista, por lo que no planteaba una revolución de tipo democrático, sino directamente comunista. Tras el “otoño caliente” italiano de 1969 y el comienzo de la actividad de Brigadas Rojas (Terrés 2007: 160), así como el golpe de Estado en Chile, contra la Unidad Popular de Salvador Allende, los militantes de la organización se

reafirmaron en la importancia de la violencia armada para dar respuesta a la brutalidad del Estado. Según Castro Moral (2016: 57), el núcleo axiológico que mantuvo esta organización durante toda su historia fue su posición respecto al fascismo y la democracia burguesa. Para el Partido Comunista de España (reconstituido) [PCE(r)], el fascismo es la forma política del capitalismo en su fase superior de desarrollo, la fase imperialista, por lo que no hay marcha atrás hacia la democracia, sino que únicamente es posible avanzar hacia el socialismo. Por ello, la única forma de luchar contra el sistema es desde la exterioridad de éste, siendo inviable el trabajo desde sus instituciones, que son, inevitable e invariablemente, fascistas.

La entrada de Arenas fue un cambio decisivo para la organización, que comenzó a agudizar su centralismo y a transformarse en “un partido de revolucionarios profesionales” (Pérez Serrano 2013: 259). En ese mismo año, el giro de China hacia la ONU y la salida de la organización del grupo de París dejó a la OMLE sin apoyo internacional. Sin demasiado apoyo en los movimientos sociales, optó por financiarse mediante atracos. En su congreso del 1973, ratificó estos cambios, creó sus propios frentes de masas —lo que sumado a su férreo centralismo, contribuyó aún más a su aislamiento de las masas— e introdujo la insurrección armada como única forma para tomar el poder. Ahora el proyecto de unificación de los comunistas para reconstruir el Partido Comunista se basaba, fundamentalmente, en que el resto de los grupos reconociesen a la OMLE como la verdadera organización de los revolucionarios y se integrasen en ella. La reconstrucción del Partido no podía producirse por la unidad con otros grupos, que “se habían demostrado falsos comunistas”, sino a través del desarrollo de ésta como organización del proletariado (Laiz Castro 1995: 171). Así, en 1975, se autoproclamó como Partido Comunista, pasando a llamarse Partido Comunista de España (reconstituido) e iniciando la lucha armada, inspirada en el maoísmo y en el guevarismo.

En su periodo de máxima expansión, el PCE(r) contó con al menos 200 militantes distribuidos entre Madrid, Andalucía, Galicia, Euskadi, Cataluña y Asturias. Su posición respecto a Comisiones Obreras (CCOO) suponía que el resto de las organizaciones maoístas del momento, —PCE(m-l), Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) y Movimiento Comunista de España (MCE)— fuesen calificadas como “oportunistas de derechas” que trabajaban en el sindicato del PCE, y, por lo tanto, su propuesta de trabajo con el movimiento de masas fuese la creación *ex novo* de sindicatos propios (Laiz Castro 1995: 169-170). Las organizaciones de masas que creó el partido

para sus diferentes frentes fueron: Socorro Rojo, de carácter antirrepresivo; a nivel estudiantil, la Organización Democrática de Estudiantes Antifascistas; y en el ámbito cultural, Pueblo y Cultura (Castro Moral 2010: 5).

Ese mismo año el partido consideró que era el momento para iniciar la lucha armada, y creó los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO), que comenzaron a actuar en otoño de 1975, cometiendo atentados contra altos cargos políticos, judiciales, policiales o económicos, que se agudizarán tras la aprobación de la Constitución en 1978, que consideraban como una “institucionalización del fascismo” (Castro Moral 2016: 63). El objetivo era que, mediante esta lucha armada, se detonase el cambio democrático, el cual no se esperaba que fuera permitido por las élites franquistas. Los atentados estarían organizados por una “sección técnica” ligada a la dirección del partido, a pesar de que se concibiese como otro frente de masas.

A causa de la represión policial, frenarán su actividad alrededor de 1985 para intentar reconstruir el partido, que había quedado muy dañado, y resituarán su zona de actuación de Francia, donde durante los próximos quince años únicamente actuarán para obtener fondos. Su presencia irá siendo cada vez menor, en torno a núcleos muy reducidos y nutridos por grupos de jóvenes, con muy poca capacidad de presencia, articulados en torno al tema de los presos (Castro Moral 2016: 66). En 1989, llevaron a cabo una huelga de hambre para denunciar la dispersión de sus presos, siendo bastante costosa para la propia organización. En 2000, fue detenido su núcleo dirigente en París y la mayor parte de sus miembros fueron encarcelados, sentenciados por terrorismo (Castro Moral 2010: 9).

iii. PTE

El Partido del Trabajo de España (PTE) tiene su origen en Cataluña, en el grupo Unidad, una escisión producida en 1967 del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) abanderada por Manuel Valverde Valseca, al que se unieron un grupo de universitarios liderados por Jaume Seguí. Su objetivo era crear un Partido Comunista que sustituyese al “claudicante” PCE, que poco antes había dejado a un lado la estrategia de Huelga General Nacional. La tensión acumulada había estallado al hacerse pública la denominada “Declaración de abril”, donde el PCE incitaba al movimiento de masas a tomar una posición defensiva. Santiago Carrillo pretendía usar el movimiento de masas como herramienta de presión para la transición democrática, siendo ésta pactada “desde

arriba”. El grupo Unidad no consiguió atraer a ningún peso de la organización, aunque sí a una buena parte de las bases juveniles y universitarias, a través de las cuales consiguió expandirse fuera de su zona de nacimiento (Martín Ramos 2011: 30-33). La primera decisión política fue la de “proletarizar” a la militancia, puesto que la dirección creía que su base universitaria debía tener experiencia proletaria en las fábricas para ser la organización de la clase, y, a la misma vez, comenzó a buscar nuevos referentes para formar un nuevo Partido Comunista. Justo en el momento de estallido de radicalidad que se produjo hacia la izquierda del PCE, el grupo Unidad apostó por la idea vanguardista de crear un sindicato propio, las Comisiones Obreras Revolucionarias (Martín Ramos 2011: 46-47). En este momento de dispersión, se produjo la conferencia de 1968, que establecía las consignas de “bolchevización” y “revolución cultural interna”, en un sentido depurativo, donde la referencia a Mao Tse-tung era clara, pero también a L. Trotski.

Así que, en 1969, se constituyó el Partido Comunista de España (internacional) cuyo órgano sería, en clara contraposición al del PCE, *Mundo Obrero Rojo*. Además, se integró un grupo de base del PCE(m-l), que agudizó el carácter maoísta de la organización (Laiz Castro 1995: 81). Sin embargo, las primeras escisiones ocurrieron contemporáneas a la autodenominación de la organización como Partido: Valverde fue expulsado, tras pasar por la cárcel, y, junto a su núcleo de seguidores, formó el PCE(i)-*Línea Proletaria* —que siguió existiendo hasta inicios de la década de los noventa y retomaría el nombre original cuando el PCE(i) cambió su nombre a PTE—. Pero, pese a esas escisiones, la organización siguió creciendo y se expandió por todo el Estado convirtiéndose en una referencia de la izquierda radical, sobre todo en el ámbito universitario (Pérez Serrano 2013: 262). Se empezó un periodo de reestructuración para acercar la organización a la sociedad, tanto en su línea como en su militancia, que culminaría en el I Congreso, en 1973. En éste se eligió a Eladio García Castro como secretario general y se impulsó la línea de masas en CCOO, así como la creación de sus juventudes, la Joven Guardia Roja de España (JGRE) (Gracia Luño 2011: 100-101). Además de continuar con la segunda época de su órgano *Mundo Obrero Rojo*, la organización comenzó a editar *Hacia el socialismo*, un órgano de tipo más teórico —aunque menos que *El militante* de la ORT—. En 1975 celebró su I Conferencia, donde cambió su nombre a PTE y su publicación pasó a llamarse *Correo del Pueblo* en lugar de *Mundo Obrero Rojo*. Al mismo tiempo que el PCE sacaba su consigna de “salir a la luz”, el PTE, en la misma línea, presentó

públicamente a sus dirigentes. Además, ese mismo año, integró al Partido Comunista de Unificación, creado por organizaciones regionales como Lucha de Clases de Cataluña, Larga Marcha hacia la Revolución Socialista de Aragón y Navarra, y la Organización Comunista Información Obrera de Galicia.

En cuanto a sus principios teóricos, éstos eran bastante eclécticos. Se definían marxistas-leninistas y rechazaban la política de Stalin, teniendo cierta influencia del trotskismo. El reconocimiento de las aportaciones de Mao Tse-tung no suponía un seguimiento fiel del maoísmo, sino simplemente adhesión y admiración a la oleada inspirada por esta tendencia. El PCE(i) reconocía formalmente el uso de la violencia revolucionaria, pero condenaba los actos terroristas de otras organizaciones. Si no fuese porque el PCE(i) planteaba la necesidad de la constitución de un nuevo Partido Comunista a través de la unificación de todos los comunistas en una sola organización, su análisis no dista mucho del que hacía el PCE. Por ejemplo, en cuanto al análisis de la posición que ocupaba el Estado español en el conglomerado imperialista, ésta conllevaba, para luchar contra la dictadura, la creación de un Frente Popular que aunara a todas las fuerzas de la oposición y que estableciese un Gobierno provisional revolucionario, donde la Huelga General de 1973 tenía que ser clave.

Con la muerte de Franco, para cumplir el mandato de su congreso de constitución, creó numerosos frentes de masas —como la Asociación Democrática de la Mujer o la de la Juventud— y empezó a trabajar en CCOO, para lograr vincularse con las masas para la esperada Huelga General. También apoyó la formación de la Unión de Pagesos, que debía tener un carácter antifascista y luchar por la mejora de las condiciones de los agricultores y ganaderos. Respecto a la lucha feminista, el PTE apoyó la formación de organismos de masas en Cataluña, como la Associació Catalana de la Dona, y en el resto del Estado, como la Asociación Democrática de la Mujer, e impulsó las *Jornades Catalanes de la Dona*. También, a nivel vecinal, impulsó la Asociación de Amas de Casa, que planteaba la necesidad de organizar a las amas de casa a favor de la democracia (Campoy Fernández 2011: 223-225).

Ingresó en la Junta Democrática y en la Asamblea de Catalunya con el resto de las fuerzas democráticas, y posteriormente en Coordinación Democrática, aceptando la política de alianzas del PCE. En las elecciones de junio de 1977, aún sin legalizar, concurrió en Cataluña con Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) y otros grupos

catalanistas en Esquerra de Catalunya, y en el resto del Estado, generalmente, como el Frente Democrático de Izquierdas. En Cataluña, la coalición logró 144.000 votos —es decir el 0.79% en el Estado y 4.72% en Cataluña—, alcanzando un diputado; en el resto del Estado logró 122.602 votos, el 0.67%, bastante por debajo de lo que esperaba, no obteniendo representación parlamentaria (Sans Molas 2011: 652). Meses después fue legalizado. En lo que al referéndum de la Constitución se refiere, el PTE pidió la aceptación, exceptuando su organización en el País Vasco. Para cuando llegan las elecciones de la primavera de 1979, el terreno era favorable al aumento de votos, sobre todo por su posibilidad de presentarse con las siglas propias, pero también por la alianza electoral con la ORT. En cambio, hubo un descenso de casi 65.000 votos⁶.

Este golpe en las urnas fue bastante duro para la militancia y, sobre todo, para la dirección, a causa del ilusorio convencimiento que tenían de que conseguirían al menos 8 diputados. Toda su estrategia estaba depositada en la confianza de las urnas, no había unas directrices claras que seguir más allá de las parlamentarias. Tras el fracaso electoral, la dirección propuso cambiar las referencias, abrir la crítica a la URSS y abrazar los Nuevos Movimientos Sociales, pero ni siquiera en esto había una estrategia clara y, mucho menos, una sociedad de referencia a la que dirigirse o una teorización de ello (Sans Molas 2011: 663 - 664).

iv. MCE

Los orígenes del Movimiento Comunista de España no se encuentran en ninguna organización comunista, sino en una rama socialista de Euskadi Ta Askatasuna (ETA). Como hemos mencionado anteriormente, en el contexto de los años cincuenta surgió Ekin —“Emprender”, antecedente de ETA—, con la explosión de organizaciones radicalmente opuestas a los partidos tradicionales de la izquierda opositora al franquismo (Laiz Castro 1995: 38-40).

En 1952, un grupo de estudiantes universitarios nacionalistas, quienes se denominarían pronto como Ekin, comenzaron a reunirse para debatir y formarse en torno a la cultura e historia del País Vasco. Al año siguiente, abrieron su actividad al exterior organizando cursos de formación para la población vasca, y empezaron a establecer contactos con las juventudes del PNV hasta que, en 1956, terminaron integrándose. Dos

⁶ Respecto a su unificación con la ORT, continuaremos con ello en el capítulo referido a esta organización.

años después, fueron expulsados de las juventudes del PNV y formaron su propia organización, ETA. Sus propósitos políticos eran dotar de un mayor carácter cultural, lingüístico y radical a los postulados nacionalistas vascos, inspirándose en Sabino Arana. Sin embargo, en la V Asamblea de ETA, en 1966, se expulsó a un grupo por sus ideas “extrañas” al nacionalismo, de carácter marxista y obrerista, que se estaba extendiendo por la organización a partir de dos miembros, Francisco Iturrioz y Eugenio del Río, influidos por las ideas de la nueva izquierda europea (Pérez Serrano 2013: 268). Esta corriente obrerista —los cuales eran acusados de infiltrados del FLP-ESBA— era más cercana a los posicionamientos comunistas revolucionarios y controlaba la Oficina Política (Satrústegui Andrés 2017: 41). Aquí nació ETA-Berri, pero el colectivo de jóvenes universitarios llevaba organizado desde 1964, cuando se había unido algún militante de Euskadiko Sozialisten Batasuna (ESBA) (Laiz Castro 1995: 41). En 1968 anunció su cambio de nombre, pasando a ser Komunistak o Movimiento Comunista Vasco, y publicó el primer número de su órgano teórico *¿Zer Egin? (¿Qué hacer?)*.

Una vez constituida como Komunistak, la organización se marcó el objetivo fundamental de expandirse al resto del Estado, dando pasos hacia ello a partir de 1972 a través de la unificación con la Organización Comunista de Zaragoza —una escisión del Frente de Liberación Popular (FLP), según Eugenio del Río—, cambiando su nombre a Movimiento Comunista de España (MCE) y publicando su nuevo órgano teórico, *Servir al Pueblo* (Rodríguez Tejada 2011: 644). Posteriormente, la organización valenciana Unificación Comunista, además de otras organizaciones locales a lo largo del Estado, se integraría también —exceptuando un sector de ésta que mantendría las siglas y, después, en 1975, pasaría a denominarse Unificación Comunista de España (UCE)—, ayudando a la expansión de la organización (Pérez Serrano 2013: 269).

Resulta interesante detenernos en este punto, en la línea política que llevó a cabo la organización hacia otras organizaciones de la izquierda radical, ya que los debates con aquéllas y los objetivos que se marcaban dicen bastante de la propia organización. Antes de conseguir la expansión a todo el Estado, en noviembre de 1969, empezaron a tener relaciones dirigidas a la unificación con el PCE(m-l), pero no llegaron a ningún puerto⁷. Arauz Olozábal (2017: 5) diferencia las relaciones con esta organización en dos etapas:

⁷ En cuanto a las relaciones que se mantuvieron más tarde para la unificación con ORT y LCR, hablaremos más adelante, en los capítulos dedicados a estas organizaciones.

una que se refiere al periodo de convergencia, entre 1969 y 1972, y otra que se refiere al periodo de discordancia o ruptura, en torno al año 1973. En la primera etapa, la postura del MCE invitaba a primar la unidad frente a los principios, de tal forma que realizó importantes concesiones (aceptar el nombre del PCE(m-l) y, sobre todo, su Línea Política, sus Estatutos y su Programa). Pero conforme avanzaron las negociaciones, las dos organizaciones se fueron dando cuenta de algunas de las diferencias existentes en sus análisis estratégicos, fundamentalmente en aquéllos que se referían a la situación española con respecto al imperialismo. Otra discrepancia fue en cuanto al organigrama de la nueva organización, en la que el MCE quería proporcionalidad de miembros. Incluso la relación con CCOO fue discutida, pues el MCE apostaba por mantener su actividad dentro de CCOO, formando parte de la línea de izquierdas, y el PCE(m-l) acusaba al sindicato de estar copado por la “camarilla carrillista” (Arauz Olozabal 2017: 7), de tal forma que el único trabajo en su interior podía ser para construir otro sindicato paralelo. Después, y probablemente el que sería detonante de la fractura, la formación del FRAP en 1971 por el PCE(m-l) fue duramente criticada por MCE, que consideraba que aquélla había sobrevalorado sus propias fuerzas y la situación del país. La respuesta a esto supuso el traspie definitivo en la convergencia y el inicio de la segunda y última fase. Entonces el PCE(m-l) señaló que la idea de “constituir el Partido” era “escisionista” y “neo-revisionista”, ya que el verdadero Partido Comunista era su organización; y se negó a la participación igualitaria en los órganos de dirección de la nueva organización. A partir de ese momento, el MCE pasó a considerar al PCE(m-l) “enemigo” del marxismo-leninismo, pero distinguía entre su dirección y sus bases.

Las influencias teóricas de ETA-Berri fueron el guevarismo, a través de la revolución cubana, el estructuralismo francés de la mano de los teóricos Louis Althusser y Nicos Poulantzas, y, a partir de 1971, siendo ya Komunistak, el maoísmo. Sus principios políticos eran: por un lado, el papel de vanguardia del proletariado y la necesidad de construir un Partido Comunista para el Estado español; y, por otro lado, la revolución por etapas, que necesitaba, de forma previa a la revolución socialista (entendida ésta como única forma de tomar el poder para el proletariado), una revolución de tipo nacional y democrática. Este último punto era el determinante tanto para la crítica emprendida hacia la lucha armada iniciada por otras organizaciones, para la cual MCE consideraba que no se daban las condiciones, como para el énfasis que daba al derecho a la autodeterminación de las naciones, que le llevó a apoyar a Herri Batasuna en las elecciones europeas de 1987

(Pérez Serrano 2013: 269). A partir de 1974 fue abandonando progresivamente el maoísmo y el tercermundismo, dejando a un lado la tesis de España como colonia estadounidense; y pasando a integrarse, en 1975, en la Plataforma de Convergencia Democrática impulsada por el PSOE, cuando comenzó a resaltar el carácter federal de su organización, de cuya muestra es su cambio de nombre a Movimiento Comunista (MC) en su II Congreso de 1977 (Fernández Rincón 2017: 55). Este marxismo más ecléctico facilitó el acercamiento hacia la OIC, con la que terminó uniéndose antes de las elecciones de marzo de 1979.

Por haber nacido allí, el País Vasco fue el feudo principal del MCE, sobre todo en Gipuzkoa —donde tenía una presencia mayoritaria en CCOO— y Bizkaia, aunque también tuvieron presencia en Navarra, donde eran la segunda organización con más presencia por detrás de la ORT. En este último lugar, junto con la ORT, dominaban las CCOO y el movimiento de oposición al franquismo (Satrústegui Andrés 2017: 45). En lo que se refiere a su trabajo en CCOO, en el primer congreso de la confederación sindical que se celebró en Madrid en 1978, lograron obtener dos miembros, pero en el segundo congreso de 1981 no pudieron siquiera presentar candidatos. Según el testimonio de Eugenio del Río que recoge Fernández Rincón (2017: 57-58), el momento de auge cuantitativo en la militancia de la organización se encontró entre 1979 y 1981; pero los primeros datos firmes con los que se cuenta son de su legalización en 1979.

En ese momento, a pesar de su campaña a favor de la abstención en el referéndum constitucional de 1978, la organización decidió usar las instituciones parlamentarias como tribuna de sus reivindicaciones. Así, en las elecciones de 1979, el MC se presentó en coalición con las siglas MC-OIC, con un total de 84.856 votos (el 0,47%). Mientras que en las municipales obtendría 86.792 votos (el 0.53%) y conseguiría 59 concejales.

A partir de 1981, comenzó levemente a descender su militancia —aun teniendo en cuenta su fusión con la Organización de Izquierda Comunista (OIC)—. Posteriormente, en las elecciones de 1982, se presentó en coalición con Liga Comunista Revolucionaria, pero su fracaso electoral sirvió de empujón hacia una línea de pensamiento más autónomo. Terminó unificándose con la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), en 1991, bajo la confederación de Izquierda Alternativa (Pérez Serrano 2013: 271). Sin embargo, a pesar de su descenso en la década de los ochenta, tras la disolución del Partido de los Trabajadores (PT) será el partido mayoritario de la izquierda radical. Su línea ideológica

heterodoxa y sus cambios y aperturas, al acercarse a los Nuevos Movimientos Sociales y alejarse de la institucionalización, permitieron su mantenimiento y estabilización hasta su disgregación en 1991.

Según Fernández Rincón (2017: 55), la crisis del MC no está ligada a su fracaso en las elecciones ni a la consolidación del proceso de reforma, sino que es una crisis que se va cocinando a fuego lento desde tiempo atrás y que está estrechamente ligada a la decadencia del movimiento comunista internacional. Pero el proceso de reforma y sus resultados también generaron desilusión entre la militancia, puesto que parte de las libertades del Programa de la organización, a través de las cuales se había atraído a muchos obreros que anhelaban reformas, estaban en proceso de asentamiento.

v. ORT

La Organización Revolucionaria de Trabajadores tiene su origen en la Acción Sindical de Trabajadores (AST), influidos por el segundo maoísmo, de la Revolución Cultural que llegaba a la izquierda europea, y por el cristianismo jesuita. La AST nació, como coordinadora de distintas fábricas, desde las organizaciones católicas Vanguardias Obreras Juveniles (VOJ) y la Hermandad Obreras de Acción Católica (HOAC) (Pérez Serrano 2013: 266). Por su formación desde el movimiento obrero y las diferentes luchas sindicales, no se tiene muy claro cuando fue su nacimiento, siendo la fecha de su consolidación en 1966 (Laiz Castro 1995: 53). Su antecesora nació como una organización sindical anticapitalista que se contraponía a los Sindicatos Verticales, pero, tras la deriva eurocomunista del PCE, la afluencia de comunistas disidentes de esa organización radicalizó su discurso. Esa influencia fue definitiva en su paso a organización política, ya como ORT, en 1970, pero poco después nacerían tres líneas en su interior: una comunista cuyo órgano era *En lucha*; otra más sindicalista que publicaba *Estado Obrero*; y otra filotrotskista que pronto desapareció (Pérez Serrano 2013: 266). La entrada en verano de un grupo de estudiantes decantó la mayoría hacia el primer grupo, determinando la salida de quienes no estaban de acuerdo e imponiendo *En lucha* como su órgano de expresión. Su principal dirigente fue, a partir de ese momento, José Sanromá Aldea, conocido como Camarada Intxausti.

La ORT se orientó hacia el maoísmo, como forma de avivar los principios revolucionarios y evitar la degeneración del bloque soviético. Formó parte de un conglomerado de organizaciones occidentales que se vieron fascinadas por el

compromiso chino a favor de los procesos de liberación nacional y, sobre todo, la Revolución Cultural como forma de lucha contra la burocratización que había ocurrido en la Unión Soviética (Treglia 2013: 50). Como parte de esa radicalización y adhesión al pensamiento Mao Tse-tung, la ORT no se consideraba el Partido y tenía como objetivo construir la organización de vanguardia. Dicho Partido Comunista revolucionario tenía que tener como próximo objetivo la República Popular Democrática, como fase transitoria al socialismo (Laiz Castro 1995: 106-107). La idea maoísta de la “línea de masas” influyó en esta organización, traducándose en una exaltación del papel innatamente revolucionario del pueblo, al que solo había que dar un pequeño empujón para que se desencadenara la crisis revolucionaria. Así, la creación del Partido respondía a la confluencia de dos factores: la unidad de la oposición y el incremento de la “línea de masas” (Treglia 2013: 52). Esto es lo que José Roca ha caracterizado como “optimismo histórico”: la creencia de que la crisis revolucionaria que derrotaría al régimen fascista e implantaría un régimen socialista estaba determinada a llegar por el carácter intrínsecamente combativo del pueblo y por su madurez política (Roca Vidal 1995). Además, desde su origen católico reivindicaron la necesidad de la revolución espiritual, que conjugó notablemente con las ideas de Mao sobre la “revolucionarización” ideológica.

Su base social fue fundamentalmente obrera, adherida gracias a su experiencia sindical, y, a pesar de que escaseaban los intelectuales y los profesionales, no fomentaron su aumento ni hicieron demasiado hincapié en la formación teórica (Laiz Castro 1995: 56), puesto que consideraban que los obreros tienden espontáneamente hacia el marxismo y el maoísmo (Laiz Castro 1995: 110). Esto se mostraba en la poca claridad que tuvo su línea ideológica en el momento de su surgimiento como AST. No fue hasta la llegada del grupo de estudiantes en el que se encontraba Sanromá, a partir de enero de 1970, cuando se comenzó un proceso de discusión teórica. Pero el distanciamiento entre la base sindical y la élite política impidió la asimilación real de la doctrina marxista por el conjunto de la organización.

Su política sindical será uno de los elementos fundamentales de su línea política, diferenciándose, por oposición, del PCE en su trabajo en CCOO y su postura en torno al Sindicato Vertical. Mientras que la ORT apostaba por trabajar en CCOO para expandir la conciencia socialista e intentar que éstas fuesen futuro embrión del Frente Único del proletariado, el PCE apostaba por convertir éstas en un sindicato obrero, pero también

llamaba a trabajar en el Sindicato Vertical e intentar transformarlo en obrero. Su presencia en CCOO fue notable sobre todo en Navarra, donde se convirtió en la principal fuerza sindical; después en Madrid, donde era la segunda fuerza organizada y contaba con dirigentes como Luis Royo y Cristino Doménech; pero también en Huelva. Las protestas continuas durante los últimos años del franquismo dieron esperanzas a la ORT de cumplir con su idea de Huelga General y crisis revolucionaria. Pero ésta nunca llegó, y, en lugar de cuestionar su propio análisis, culpó a los partidos de Coordinación Democrática, y al PCE, en particular. Desde ese momento, y en relación con los acercamientos con el PTE, la estrategia cambió. Ambas organizaciones se propusieron crear la tercera fuerza sindical del país, la Central Sindical Unitaria, que empezó a dar sus frutos en 1977; sin embargo, con el distanciamiento entre ambas organizaciones, terminó desvaneciéndose esta propuesta (Treglia 2013: 50-57). La fractura había comenzado a producirse a raíz de la Ley para la Reforma Política, cuando ambas organizaciones estaban de acuerdo en llamar a la abstención, pero discordaban en el llamamiento a la Huelga general que sí incluyó el PTE, pues la ORT no lo consideraba realista teniendo en cuenta que el PCE y el PSOE se negarían a apoyarla.

La estructura organizativa fue heredada de la AST: estaba dirigida por un Comité de Dirección Permanente y seguida por la figura de los coordinadores, que conectaban al Comité con las bases, transmitiéndoles las directrices; el Comité de Dirección Ampliado era un órgano no directivo, que fue creado para intentar aumentar la participación en la toma de decisiones y en los debates, pero nunca llegó a tener operatividad. Posteriormente, a partir de 1974, se creó un Comité Central que aspiraba a tener la dirección y era elegido por el Comité de Dirección Permanente; y desapareció el Comité de Dirección Ampliado, sustituyéndolo por Comités Regionales.

En 1975, se integró en la Plataforma de Convergencia Democrática y fue moderándose hacia el posibilismo, hasta que dos años después pidió el “sí” a la Constitución. Desde enero de 1977, centró sus esfuerzos en presentarse a las elecciones de junio, y, al no poder participar con sus siglas oficiales, se presentó con una lista formalmente independiente, la Agrupación Electoral de Trabajadores. Esas elecciones fueron un fracaso para la izquierda comunista en general, incluida la ORT, quien esperaba lograr al menos un escaño y obtuvo el 0,42% (77 575) de los votos. Solamente en Navarra logró un resultado relevante (el 5,1%). Sin embargo, de nuevo imputó la culpa a que su ilegalidad le había impedido hacer propaganda abiertamente. Aun así, mantenía las

esperanzas de que el descontento con el cambio político determinase un desarrollo revolucionario de la situación (Treglia 2013: 62). Desde ese año centró todas sus fuerzas en lograr escaños e influir en la carta fundacional —la cual consideraban que tenía que tener un carácter “abierto antifascista” e incluir la forma de Estado republicana y el derecho a la autodeterminación de las naciones (Roca Vidal, 1995)—, ya que consideraba clave ganar la influencia en el aparato del Estado. A pesar de que tampoco consiguió influir en la Constitución, terminó aceptándola porque, a pesar de sus defectos, garantizaba los derechos fundamentales de los españoles. En la óptica de convertirse en una fuerza parlamentaria, la organización eliminó sus reivindicaciones republicanas del programa para aumentar las filas electorales para las elecciones de 1979, su objetivo era ser una “opción de izquierda decidida y responsable” (Treglia 2013: 67). Sin embargo, este giro posibilista no tuvo su correspondencia con la política interna de la organización, que siguió manteniendo la misma dinámica ortodoxa como factor de motivación y cohesión entre los militantes (aunque no cumplió bien con este objetivo ya que la incomprensión de esta doble imagen, fomentada desde la dirección, fue desmovilizadora para muchos militantes de base).

La crisis del partido, que estaba latente, explotó con los resultados de marzo de 1979, cuando la ORT solo experimentó un leve incremento, con 127 571 de los votos (el 0,71%), situándose por detrás del PTE. De esta forma, en ese mismo año, las dos organizaciones decidieron unirse y formar una nueva organización, el Partido del Trabajo (PT). Realmente éste no era más que un intento tardío de sobrevivir y configurarse como fuerza política renovada y alternativa, así que acabó disolviéndose al año siguiente. Después de la disolución, algunos miembros pasaron al PCE y otros abandonaron la militancia; en Navarra coincidió con el crecimiento de Herri Batasuna; y sus principales dirigentes empezaron a colaborar en el PSOE tras su victoria electoral de 1982. Sin embargo, lo más simbólico fue el ingreso en las filas del PSOE de Sanromá en el año 1991, coincidiendo con la nueva época que se abría tras la caída del Muro de Berlín.

vi. OCE (BR)

El origen de la Organización Comunista de España (Bandera Roja) está en la escisión del PSUC que dio lugar al grupo Unidad. Una parte de este, más un grupo de estudiantes críticos con el revisionismo y con el sindicato estudiantil de la ciudad, se separó cuando Unidad decidió transformarse en el PCE(i) (Pala 2011: 141). Poco después

este grupo empezó, en 1968, a editar la revista *Bandera Roja*, homónima a la de la OMLE, en torno a la cual se constituyó en Barcelona la Organización Comunista (Bandera Roja) (Pérez Serrano 2013: 264). En 1972, se expandieron al resto del Estado y adoptaron el nombre Organización Comunista de España (Bandera Roja), pero a partir de ese momento comenzó a sufrir escisiones. La primera en Cataluña, Bandera Roja de Cataluña, que terminó integrándose rápidamente en el PSUC (Pala 2011: 145). Y tres años más tarde sufrió otra escisión en Andalucía que formará el Partido Comunista (Unidad Roja), luego convertido en la Unión de Comunistas-Comités Obreros (UCCO).

En cuanto a sus principios teóricos, abrazaron el leninismo de forma heterodoxa, influidos por el mayo francés y Althusser. Se definían como marxistas-leninistas y tomaban como ejemplo las revoluciones rusa, china y vietnamita. Como el resto de los grupos maoístas, abogaban por la revolución por etapas para establecer en el Estado español una República Democrática Popular y tampoco se consideraban el Partido, sino embrión para éste en el futuro. Las diversas influencias del socialismo europeo, junto con el comunismo chino, daban lugar a una especie de socialismo autogestionario (Pala 2011: 142).

El mismo año de 1975 se reafirmó en sus principios maoístas y en la necesidad de construir el Partido Comunista. Pidió el boicot activo para las elecciones de 1977, en las que todavía era ilegal, y también para la Constitución. A nivel de movimientos de masas, por ese carácter autogestionario, tendrá mucho peso en el movimiento vecinal y estudiantil.

Tras el fracaso de la unificación que dio lugar al PT, la cual influirá mucho en el pesimismo militante de esta organización, empezó el acercamiento hacia el PCE-PSUC y, finalmente, acabó reintegrándose en 1989.

3.2. El prosovietismo

A finales de la década de los sesenta, simultáneamente con el auge de la corriente maoísta, muchos dirigentes de prestigio del PCE fueron expulsados por negarse a condenar la política exterior de la URSS, sobre todo en lo que se refiere a la invasión de Checoslovaquia por intervención conjunta de los países del Pacto de Varsovia (con la excepción de Albania y Rumanía) en 1969. El VIII Congreso del PCE de 1972 fue la gota

que colmó el vaso para estas corrientes prosoviéticas, que empezaron a organizarse, primero de forma interna al propio partido y después ya independientemente.

i. PCOE

El político y militar de la Guerra Civil española, Enrique Lister, quien había tenido mucho peso en la organización del Quinto Regimiento y después en el propio PCE del exilio, fue expulsado del partido por su condena a las posiciones de Santiago Carrillo. Con su grupo de seguidores, formó el Partido Comunista Obrero Español (PCOE) en 1970 (Pérez Serrano 2013: 272).

Desde su formación, el PCOE tuvo una línea ideológica defensora del marxismo-leninismo más ortodoxo, considerándose continuador del PCE de la Guerra Civil y fiel defensor del país de los soviets, el cual aún consideraba faro de la revolución. Aunque también criticaba al eurocomunismo por reformista, su propuesta en positivo, al contrario de los grupos maoístas, era de defensa férrea de la URSS del momento y de la figura de Stalin.

En un principio, tuvo reconocimiento a nivel internacional del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), lo que le dotaría de cierto prestigio entre los comunistas más ortodoxos, pero su poco peso haría a los soviéticos buscar otra organización de referencia. Para las elecciones de 1977, pidieron la abstención por la ilegalidad de las organizaciones de la extrema izquierda (Abad García 2017: 35). En las elecciones de 1979, se presentaron con sus propias siglas, ya legalizados. Su presencia fue decayendo tras fracasar el acercamiento a otras organizaciones similares y, finalmente, Lister se volvió a integrar en el PCE, tras la expulsión de Carrillo (González Ibáñez 1986). El partido se opondría a su disolución e integración en el PCE y seguiría existiendo. Gran parte de este se integró en el PCPE en el año 2000 y otra parte mantendría las siglas, aunque siendo marginal.

ii. El resto de los grupos prosoviéticos: germen del PCPE

Dentro del espectro de grupos de la izquierda comunista radical, había otros grupos más pequeños que el PCOE. Todos, o casi todos, estos grupos terminarían unificándose posteriormente a la Transición, dando lugar al Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE).

Uno de los grupos más importantes sería el Partido Comunista de España (VIII-IX Congresos), que surgió como respuesta al Pacto de Varsovia. Varios dirigentes que se encontraban en países socialistas en el extranjero fueron expulsados de la organización al negarse a condenar la intervención en Checoslovaquia (Vera Jiménez 2009: 41). A diferencia del PCE, la propuesta de esta organización era imponer un gobierno revolucionario que supusiese la instauración de un régimen democrático y republicano, como etapa intermedia hacia el socialismo (Abad García 2017: 33-34). Fue el primero de los grupos en escindirse a favor de un leninismo de tipo prosoviético, pero casi no tuvo influencia en un principio. En las elecciones de 1977, tendría un discurso similar al del PCOE (Abad García 2017: 35). Sería este grupo quien encabezaría la Comisión Estatal de Unidad Comunista (CEUC) que condujo a la unificación de 1984 en el PCPE.

Otro fue el Partido Comunista de los Trabajadores (PCT), quienes tenían su origen en la Oposición de Izquierda (OPI) que se formó dentro del PCE en 1973 contra Carrillo. La OPI mantuvo contactos con el PCOE, pero no llegaron a integrarse, así que en 1976 decidieron formar el PCT, con su órgano *Voz Comunista*. Sus bases sociológicas fueron desde un principio más intelectuales y universitarias que obreras, y tuvieron más peso en movimientos feministas y estudiantiles que en algún sindicato obrero. También fue la única organización de este sector que se presentó a las elecciones de 1977 en alianza con otras fuerzas diferentes (Abad García 2017: 34-35). Tras varios acercamientos y alejamientos, terminaría integrándose en la CEUC, aunque muchos de sus militantes no llegarían al PCPE (Pérez Serrano 2013: 272).

Las Células Comunistas también fue otro de los grupos que surgieron como corriente interna al PCE. Su núcleo más activo estaba en Canarias, donde se aliaron con los nacionalistas. Se terminaron integrando en la CEUC y formando parte del PCPE en 1983.

La unificación de todos ellos fue impulsada por el PSUC en su V Congreso, cuando este rompió con el eurocomunismo a causa de su apoyo a la intervención soviética en Afganistán. El sector de los entonces llamados *afganos* se escindió y formó el Partido Comunista de Cataluña (PCC), que contaba con una sólida base en el movimiento obrero. Desde ahí iniciaron sus contactos con grupos del resto del Estado y constituyeron la CEUC. Solamente el PCOE sería la única organización de esta tendencia ideológica que no se integraría (Peña González 2017: 41).

El Congreso de Unidad de los Comunistas se realizó en 1984, cuando se eligió secretario a Ignacio Gallego (Prieto 1984). Inmediatamente tuvo el apoyo internacional del PCUS (Vera Jiménez 2009: 44). Participó de forma muy activa en las movilizaciones contra la OTAN y en la formación de Izquierda Unida (IU), por la que Ignacio Gallego fue diputado. A finales de los ochenta, parte de la dirección se reintegró en el PCE, por lo que el PCPE fue vetado de IU, y rompió con el PCC. Tanto el PCC como el PCPE se mantendrían por su propio camino, aunque de forma más mermada, hasta la actualidad (Pérez Serrano 2013: 273).

3.3. Consejismo y trotskismo

Tanto las organizaciones de línea trotskista como las de línea consejista tuvieron varios elementos en común. La mayoría de ellas nacieron del hundimiento del FLP, todas tendentes a llevar a cabo procesos de unidad bastante eclécticos en lo ideológico y ejerciendo una dura crítica contra la socialdemocracia, pero sobre todo contra el estalinismo y la tradición de la III Internacional.

Cuando el *Felipe* implosionó, a raíz de 1968, en su IV Conferencia, dio lugar a varias corrientes que se organizaron autónomamente: por un lado, la “fracción” trotskista, el FOC —la federación catalana del FLP, denominada Frente Obrero de Cataluña, que era más crítica con las posiciones de la organización en CCOO—, y por el otro, los continuistas (García Alcalá, 2001: 259).

i. POUM

A pesar de su casi desaparición durante el franquismo, el mayo francés y el auge de la nueva izquierda hizo que resurgiera como referente antiestalinista en España (Pagès 1998: 3). Su resurgimiento fue principalmente en el extranjero y en Barcelona, liderado por Mario Lleget, quien se puso en contacto con un grupo de militantes de las Juventudes Socialistas que se habían radicalizado (Pagès 1998: 6).

Tras la muerte de Franco, el grupo de Cataluña se integró en la Asamblea de Cataluña con el grupo socialista catalán y aumentó su participación en UGT (Pérez Serrano 2013: 276). Un año después, la IV Conferencia de la organización, celebrada en Toulouse, asentó el plan de conseguir la ruptura democrática para instaurar una república socialista federal. Pero en 1977 volvieron las disputas en torno a las elecciones, a las que unos concurren con su propia alianza con otros grupos del mismo tipo, y otros

concurrieron en alianza con los socialistas catalanes. A pesar de los intentos de mantener la unidad y resolver las disputas, en 1979 empezaron a plantearse la disolución y los militantes fueron pasándose a otras organizaciones.

ii. Acción Comunista

Acción Comunista (AC) fue la primera organización que surgió de la crisis del FLP, en 1965 cuando se expulsó a los dirigentes de la Federación Exterior por mantener contactos con las juventudes del POUM. Estos dirigentes se articularon en torno a la revista denominada *Acción Comunista*, dirigida por Carlos Semprún e influida por la nueva izquierda anglosajona.

Su inspiración teórica era bastante ecléctica: desde la tradición antiestalinista del POUM, pasando por el marxismo libertario, hasta el luxemburguismo. Estaban a favor de la existencia de un Partido revolucionario, pero que diese cabida a fracciones internas. Su objetivo era la revolución socialista sin etapas, puesto que consideraban a España un país imperialista, pero para instaurar un régimen proletario de autogestión.

Durante sus primeros años, trabajaron únicamente en el exilio, solamente a partir de 1970 empezaron a tener núcleos en Cataluña, el Levante y Sevilla, cuando comenzaron a distribuir la revista *Voz Obrera* y entablar relación con organizaciones de tipo obrerista que tenían bastante peso en el sector sindical, sobre todo en Barcelona (Pérez Serrano 2013: 275). En 1974, participaron en procesos de unidad con otros grupos trotskistas, incluido el POUM, que no llegaron a ningún puerto. A partir de ese momento, la organización entró en crisis y algunos de sus dirigentes se radicalizaron, integrándose en el POUM con el objetivo de iniciar la lucha armada. En las elecciones de 1977, acudieron en alianza con otras organizaciones de su misma ideología, no por ser ilegal, puesto que había sido legalizada meses antes, sino por su mínima capacidad de movilización propia. Un año después, volvieron a intentar otro proceso de unidad, pero al fracasar, la organización se disolvió y sus militantes se integraron en el POUM y la LCR.

iii. LCR

La Liga Comunista Revolucionaria nació de la “fracción trotskista” expulsada del FLP en 1968. La mayor parte de su peso estaba en las federaciones del FOC y el ESBA. La organización creó su órgano *Comunismo* en 1971 y empezó a expandirse por el resto

del Estado, en torno a posiciones trotskistas que abrazaban a la IV Internacional (Laiz Castro 1995: 143).

Su primer congreso fue en 1974, donde se definieron como sección de la IV Internacional. Su objetivo era conseguir mediante la Huelga General hacer caer la dictadura franquista. Tenía corrientes internas que se organizaban por su propia cuenta, pero estaba permitido el fraccionalismo (Pérez Serrano 2013: 281). La posición la LCR era bastante crítica con el resto de las organizaciones, por su posición respecto a la burocracia, el partido y el PCE; pero también era crítica con el reformismo. Su órgano de expresión, *Combate*, daba expresión a todas estas críticas. Con respecto a CCOO, aunque era crítica con su dirección, las consideraba sindicato de la clase obrera y trabajaba internamente por su remodelación (Laiz Castro 2000: 164).

Desde 1973 hasta 1976, fue integrando múltiples grupos, tanto escindidos de ETA desde su sector más obrerista (como por ejemplo ETA-VI Asamblea), como otros grupos trotskistas (Laiz Castro 2000: 163). No apoyó la estrategia de alianza del PCE y tampoco concurrió a las elecciones ni apoyó el referéndum de la Constitución, aunque algunas de sus fracciones sí que concurrieron. Finalmente, los malos resultados electorales de 1982, cuando concurrieron con MC, forzaron a que comenzase el proceso de unificación con esta organización.

iv. OIC

La Organización de Izquierda Comunista tuvo su origen en el sector del FOC que se mantuvo tras la implosión del FLP. Estaba inspirado en la autonomía proletaria y criticaba las posiciones de la organización con respecto a CCOO. Desde su boletín *¿Qué hacer?* denunciaban a la burocracia del sindicato, pero también la concepción de vanguardia leninista. El FOC creó los Círculos de Formación de Cuadros (CFC) para crear los cuadros que formasen el Partido revolucionario, a pesar de que, irónicamente, criticase la subordinación de los obreros a los cuadros sindicales. Estos círculos tenían como objetivo combinar la lucha obrera con la formación teórica en marxismo clásico, pero también la formación en críticas a éste y en la historia del movimiento obrero. La crisis llegó cuando el CFC de Barcelona, que estaba liderado por Dídac Fàbregas, planteó la necesidad de crear ya el Partido revolucionario, ya que otros CFC se opusieron por tener planteamientos más libertarios. Entonces la organización se dividió en cuatro ramas: una continuista, otra que se integró en la ORT, otros que continuaron como Círculos

Obreros Comunistas (COC) en Cataluña con las Plataformas Anticapitalistas (también salidas del *Felipe*, de su sector continuista) y otros avanzando hacia el marxismo libertario (Pérez Serrano 2013: 276).

De una de estas ramas, de la del COC, es de donde surgió la OIC, en 1974, a través de la unión de aquellos con el grupo de “continuistas” del ESBA. A partir de ese momento se expandieron por Castilla y crearon las Comisiones Obreras Anticapitalistas en contraposición a CCOO. Su primer congreso fue celebrado en 1975 y se confirmó a Dídac Fàbregas como líder indiscutible. Para entonces, la organización había ido avanzando ideológicamente desde el consejismo hacia un marxismo-leninismo de tipo ecléctico, con influencias de Gramsci y Trotski.

Llevaron a cabo varios intentos de unidad con el resto de las organizaciones trotskistas y consejistas, pero, como ya hemos dicho, fracasaron. Entonces la organización intentó su integración en el MC en 1978 y Fàbregas fue expulsado por “actividad fraccional”, integrándose en el Partido Socialista de Cataluña. La unificación se hizo efectiva poco después, sin mucha complicación, ya que la crisis identitaria de ambas organizaciones había desembocado en un marxismo ecléctico y heterodoxo.

4. Conclusiones

Como hemos empezado diciendo en la introducción de este trabajo, el maoísmo supuso una revivificación de la influencia del comunismo a nivel internacional; con su experiencia y su crítica hacia la deriva de la URSS, motivó y sirvió de ejemplo para numerosos países que siguieron su estela. Como dice Morán:

La crisis del movimiento comunista internacional y el fracaso de las vías pacíficas al socialismo, frente a los éxitos tercermundistas o cubanos, inclinan a una parte de la intelectualidad del partido, la más joven, hacia posiciones pro-chinas, a una revisión de la coexistencia y de la política de reconciliación nacional, especialmente entre el estudiantado. (2017: 367)

La Revolución Cultural Proletaria parecía ser un chorro de aire fresco, o un chorro de “viento del Este” como dirían algunos maoístas, entre las tendencias burocráticas y “socialimperialistas” del comunismo de la URSS. Sin embargo, incluso la propia Revolución Cultural Proletaria parecía que había nacido para morir poco después. Y la crisis del comunismo, que llevaba acechando desde finales de los cincuenta en Europa —adelantándose al resto de continentes—, comenzó a explicitarse cada vez más.

En España no fue muy distinto al resto de países europeos, aunque sí tardó unos años más, principalmente por la llegada de la crisis del franquismo y la esperada democracia. El principal grueso de las organizaciones, viendo las consecuencias que había tenido la oleada estudiantil del mayo francés, fueron abriendo su política hacia los movimientos sociales que habían sido más apartados históricamente por el marxismo clásico, pero no fue suficiente para que no terminasen teniendo el mismo destino. Realmente, la línea política, en lo que se refiere a la aplicación del marxismo a la situación del Estado español y de concreción de cómo debía ser esa revolución, no distaba mucho de la línea histórica de actuación del marxismo occidental europeo y, sobre todo, del marxismo español: el tratamiento de España como un país semi-colonial que necesitaba todavía de una revolución burguesa, y como consecuencia de ello, una revolución democrática —aunque este segundo punto fuese necesario para salir de la dictadura, el análisis comunista lo situaba como consecuencia de la semi-feudalidad del país—. Estas organizaciones no pensaban que dicha revolución democrática pudiese —ni que siquiera se pretendiese— ser llevada a cabo desde las propias élites económicas y políticas, de ahí que durante la Transición propusiesen una política rupturista; sin embargo, su Programa mínimo, el democrático, se fue asentando y cumplimentando desde las organizaciones políticas, tanto de la derecha como de la izquierda. Este fue uno de los motivantes que, por un lado, alargó la explicitación de la crisis del comunismo en este país, y, por otro lado, fue más desolador para los militantes comunistas, ya que vieron éste cumplido sin que fuesen necesarios ellos, los comunistas.

Ligado a esto, en los movimientos sociales que nacieron a la luz de la crisis política del franquismo, los militantes comunistas habían actuado generalmente como vanguardia, como líderes o como cabeza visible, pero conforme la democracia se fue asentando, los movimientos sociales demostraron que no necesitaban de los comunistas para exigir la resolución de sus propias necesidades. El intenso trabajo no había tenido los frutos esperados; influyeron en los movimientos, pero esa influencia no se transformó en un aumento considerable de la militancia, y, sobre todo, tampoco se transformó en una gran cantidad de votantes.

Conforme fue siendo más claro que la Transición era real y que llegaba una democracia parlamentaria, las organizaciones fueron cambiando su política de actuación e integrándose en el marco institucional para, desde la propia democracia, ir aumentando su peso social. El peso social no aumentó y el programa democrático ya tenía sus propios

sujetos políticos —organizaciones en las cuales terminarían, como cuadros del Estado, un número considerable de los militantes comunistas de la Transición—. El varapalo de las elecciones de 1979 y 1982, el cumplimiento del programa histórico del marxismo en España y, sobre todo, la falta de perspectiva autocrítica que abriese camino a la reflexión ideológica sobre el porqué de estos fracasos y el porqué del fracaso del comunismo internacional, remataron al marxismo como corriente política. Las organizaciones se disolvieron al aire de aquellos tiempos (véase el PT, PCE(m-l) u OCE(BR), por ejemplo), y, aquellas que intentaron sobrevivir —con algo de influencia social—, tuvieron que modificar sus planteamientos ideológicos hacia la “nueva izquierda” europea (véase el MCE, por ejemplo), rechazando el legado histórico que suponía el comunismo —en ese momento, una piedra en la mochila para conseguir influenciar a los Nuevos Movimientos Sociales—; solo algunas se mantuvieron, intentando resistir al aire de los tiempos, desde el terrorismo individual (véase el caso del PCE(r), por ejemplo) y totalmente aislados de las masas, o desde el sectarismo que pretendía, mediante el “conservadurismo ideológico” —es decir, intentando mantener intacto el marxismo de Octubre, que ya se había mostrado caduco— y el distanciamiento de cualquier tendencia “extraña” y “poco ortodoxa”, escapar a lo inevitable (véase, por ejemplo, el PCPE o el PCOE). Así, desde el fin de la Transición, la corriente maoísta decaería por completo en el Estado español, y la corriente prosoviética sería la que más intacta se mantendría, aunque no con una influencia comparable a la de aquella primera en la Transición.

En definitiva, el estudio de las organizaciones del comunismo radical de la Transición nos ha permitido acercarnos, materializada en cada una de ellas, a la crisis del comunismo y la ruptura con los paradigmas modernos. Acercamiento sin el cual es difícil comprender el devenir de esta corriente en este Estado y a nivel internacional, pero también sin el cual es difícil comprender las nuevas tendencias políticas que surgirán y las nuevas perspectivas desde las que partirán los movimientos sociales de esta nueva época, donde el apellido de “clase” cada vez es más excluido y resulta menos movilizador. Pero, precisamente por ser una crisis general de esta cosmovisión, es difícil hacerse una idea *a priori* de cuales son las causas de esta deriva, por lo que sería sugerente, sin duda, un estudio histórico y filosófico sobre los orígenes de ésta.

5. Bibliografía

- Abad García, E. (2017). «Contra el aventurerismo de izquierda, contra la claudicación de derecha». Las relaciones de los comunistas ortodoxos con el resto de la izquierda revolucionaria. En *Congreso «Las otras protagonistas de la historia: Izquierda radical y movilizaciones sociales»* (pp. 28-39). Madrid.
- Arauz Olozábal, C. (2017). Los intentos de unificación de los partidos maoístas en 1970-1973. En *Congreso «Las otras protagonistas de la historia: Izquierda radical y movilizaciones sociales»* (pp. 3-15). Madrid.
- Campoy Fernández, M. (2011). El PTE en la Transición. La ilusión por la ruptura (1975-1977). En J. L. Martín Ramos (Ed.), *Pan, trabajo y libertad. Historia del Partido del Trabajo de España* (pp. 159-260). Mataró: El Viejo Topo.
- Carrillo-linares, A. (2006). Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia. *Pasado y Memoria*, (5), 149-170.
- Carrillo-Linares, A. (2011). «¿Y nosotros qué?» El movimiento estudiantil durante la transición política española. En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Ed.), *La sociedad española en la Transición: los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 221-237). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Carrillo-Linares, A. (2015). Universidades y transiciones políticas: el caso español en los años 60-70. *Espacio, Tiempo y Educación*, 2(2), 49-75. Recuperado a partir de <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5109062.pdf%5Cn>
- Casanova, J. (1994). Las enseñanzas de la transición democrática en España. *Ayer*, (15), 15-54.
- Casquette, J. (2001). Nuevos y viejos movimientos sociales en perspectiva histórica. *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, (6), 191-216. Recuperado a partir de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=265196&info=resumen&idioma=EN>
G
- Castro Moral, L. (2002). La izquierda armada: FRAP y GRAPO. En E. González Calleja (Ed.), *Políticas del miedo. Un balance del terrorismo en Europa* (pp. 320-344). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Castro Moral, L. (2010). El PCE(r) y los GRAPO: de la perspectiva insurreccional al gansterismo político. En *IV Jornadas internacionales sobre terrorismo «los finales del terrorismo: lecciones desde la perspectiva comparada»* (pp. 1-12). Zaragoza: Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico.
- Castro Moral, L. (2016). GRAPO. El largo final de un ciclo de violencia. *Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual*, (1), 53-73.
- Dimitrov, G. (2001). *La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo*. Marxists Internet Archive. Recuperado a partir de <https://www.marxists.org/espanol/dimitrov/1935.htm>

- Domínguez Rama, A. (2010). La «violencia revolucionaria» del F.R.A.P. durante el tardofranquismo. En C. Navajas Zubeldía & D. Iturriaga Barco (Eds.), *Novísima. II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo* (pp. 393-410). Logroño: Universidad de La Rioja. Recuperado a partir de <http://dialnet.unirioja.es/download/articulo/3313030.pdf>
- Duch Plana, M. (2011). El movimiento feminista en la transición democrática. En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Ed.), *La sociedad española en la Transición: los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 257-270). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fernández Rincón, J. (2017). Cambio de rumbo en la Transición. Claves para entender el desarrollo del Movimiento Comunista (MC) 1977-1980. En *Congreso «Las otras protagonistas de la historia: Izquierda radical y movilizaciones sociales»* (pp. 53-63). Madrid.
- García Alcalá, J. A. (2001). *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*. Madrid: Centro de estudios políticos y constitucionales.
- Gracia Luño, M. (2011). La refundación del partido: estrategia, táctica y línea de masas. En J. L. Martín Ramos (Ed.), *Pan, trabajo y libertad. Historia del Partido del Trabajo de España* (pp. 73-158). Mataró: El Viejo Topo.
- González Ibañez, J. (1986). El partido comunista de Lister se integrará en abril en el PCE. En *El país*. Recuperado a partir de https://elpais.com/diario/1986/03/21/espana/511743609_850215.html
- Kolakowski, L. (1983). *Las principales corrientes del marxismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Laiz Castro, C. (1993). *La izquierda radical en España durante la transición a la democracia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Laiz Castro, C. (1995). *La lucha final: los partidos de la izquierda radical durante la transición española*. Madrid: Cyan Proyectos, Los libros de la catarata.
- Laraña Rodríguez-Cabello, E. (2011). Los movimientos sociales y la transición a la democracia en España. En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Ed.), *La sociedad española en la Transición: los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 63-78). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Lenin, V. I. (2012). *Imperialismo: la fase superior del capitalismo*. Barcelona: Taurus.
- Lenin, V. I. (2015). *¿Qué hacer?* Madrid: Ediciones Akal.
- Mao, T. (1968). Sobre la táctica de la lucha contra el imperialismo japonés. En *Obras Escogidas, Tomo I* (pp. 165-192). Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Mao, T. (1976). Sobre la Guerra Prolongada. En *Obras Escogidas, Tomo II* (pp. 113-200). Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Mao, T. (1977). *La construcción del socialismo* (2a Ed.). Madrid: Ediciones Fundamentos.

- Martín Ramos, J. L. (2011). Los orígenes de una nueva formación. En J. L. Martín Ramos (Ed.), *Pan, trabajo y libertad. Historia del Partido del Trabajo de España* (pp. 19-72). Mataró: El Viejo Topo.
- Marx, K., & Engels, F. (2013). *La Sagrada Familia*. Madrid: Ediciones Akal.
- Marx, K., & Engels, F. (2014). *La ideología alemana*. Madrid: Ediciones Akal.
- Morán, G. (2017). *Miseria, grandeza y agonía del Partido Comunista de España: 1939-1985*. Madrid: Ediciones Akal.
- Oliver Olmo, P. (2009). Los iniciadores del movimiento de objetores de conciencia (1971-1977). En M. Ortiz Heras (Ed.), *Culturas políticas del nacionalismo español: del franquismo a la transición* (pp. 219-244). Madrid: La Catarata. Recuperado a partir de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3037486>
- Oliver Olmo, P. (2011). El movimiento pacifista en la transición democrática española. En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Ed.), *La sociedad española en la Transición: los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 271-286). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pagès, P. (1998). *El Partit Obrer d'Unificació Marxista durant la transició democràtica (1974-1981)* (Working Papers (Institut de Ciències Polítiques i Socials) No. 156). Barcelona. Recuperado a partir de <https://ddd.uab.cat/record/44706>
- Pala, G. (2011). Una semilla de discordia. La entrada de Bandera Roja en el PSUC. *HMiC: història moderna i contemporània*, (11), 140-163.
- Peña González, V. (2017). Los partidos prosoviéticos ante la Transición. El ejemplo de la OPI-PCT. En *Congreso «Las otras protagonistas de la historia: Izquierda radical y movilizaciones sociales»* (pp. 40-51). Madrid.
- Pérez Serrano, J. (2013). Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994). En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Ed.), *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española* (pp. 249-291). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Prieto, J. (1984). El congreso de los comunistas prosoviéticos eligió por unanimidad a Ignacio Gallego como secretario general. En *El país*. Recuperado a partir de https://elpais.com/diario/1984/01/16/espana/443055607_850215.html
- Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, R., & Fernández Amador, M. (2011). El movimiento vecinal: la lucha por la democracia desde los barrios. En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Ed.), *La sociedad española en la Transición: los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 207-221). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, R. (Ed.). (2011). *La sociedad española en la Transición: los movimientos sociales en el proceso democratizador*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, R. (2017). Debates en torno a la Transición. Una aportación desde el Sur. En Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, R., & Fernández Amador, M., *Movimientos sociales e instituciones locales en la Transición. La lucha por la democracia en la Andalucía rural* (pp. 9-28). Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Roca Vidal, J. M. (1995). *Poder y pueblo. un análisis del discurso de la prensa de la izquierda radical sobre la constitución española de 1978*. Universidad Complutense de Madrid.
- Rodríguez Tejada, S. (2011). Nueva izquierda, extrema izquierda: bases intelectuales y prácticas militantes de las organizaciones revolucionarias al inicio de la Transición española. En *V Congreso Internacional Historia de la Transición en España. Las organizaciones políticas* (pp. 631-648). Almería: Universidad de Almería.
- Roldán Barbero, H. (2011). *El Maoísmo en España y el Tribunal de Orden Público (1964-1976)*. Córdoba: UCOPress, Editorial Universidad de Córdoba.
- Rupar, B. (2018). El debate chino-soviético y la emergencia del maoísmo como corriente política diferenciada en el Movimiento Comunista Internacional. *Historia Contemporánea*, (57), 559-586. <https://doi.org/10.1387/hc.18005>
- Sans Molas, J. (2011). Entre las instituciones y la movilización: la crisis de la izquierda radical durante la Transición. En *V Congreso Internacional Historia de la Transición en España. Las organizaciones políticas* (pp. 649-665). Almería: Universidad de Almería.
- Satrústegui Andrés, I. (2017). La izquierda revolucionaria vasca bajo el franquismo: el ejemplo del MCE. En *Congreso «Las otras protagonistas de la historia: Izquierda radical y movilizaciones sociales»* (pp. 40-52). Madrid.
- Setién Martínez, F. J. (1999). El FRAP entra en escena (mayo de 1973). Discursos, mensajes y opiniones en la prensa de la época. *Historia y Comunicación Social*, (4), 361-377.
- Soto Carmona, Á. (1994). De las Cortes orgánicas a las Cortes democráticas. *Ayer*, (15), 109-133.
- Soto Carmona, Á. (2005a). *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Soto Carmona, Á. (2005b). *Transición y cambio en España 1975-1996*. Madrid: Alianza Editorial.
- Terrés, J. (2007). La izquierda radical española y los modelos del Este: el referente albanés en la lucha antifranquista. El caso del PCE(m-l). *Ayer*, (67), 159-176.
- Treglia, E. (2013). Izquierda comunista y el cambio político: el caso de la ORT. *Ayer*, (92), 47-71.
- Vega García, R. (2011). Contra corriente. El sindicalismo radical en la Transición. En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Ed.), *La sociedad española en la Transición: los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 175-192). Madrid: Biblioteca Nueva.

- Vera Jiménez, F. (2009). La diáspora comunista en España. *Historia Actual Online*, (20), 35-48.
- Wilhelmi Casanova, G. (2011). No digas que no se puede. Luchas de grupos marginados en la Transición. En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Ed.), *La sociedad española en la Transición: los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 287-299). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Wilhelmi Casanova, G. (2016). *Romper el consenso. La izquierda radical en la transición española (1975- 1982)*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Zhang, C. (2007). *Acerca de la dictadura omnímoda contra la burguesía*. Marxists Internet Archive. Recuperado a partir de <https://www.marxists.org/espanol/zhang/1975/001.htm>

6. Índice de Abreviaturas

AC	Acción Comunista
AFAPE	Asociación de Familiares y Amigos de Presos y Expresos
AP	Alianza Popular
AP-PDP	Alianza Popular – Partido Demócrata Popular
AST	Acción Sindical de Trabajadores
CCOO	Comisiones Obreras
CEUC	Comisión Estatal de Unidad Comunista
CFC	Círculos de Formación de Cuadros
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
COC	Círculos Obreros Comunistas
EEUU	Estados Unidos
ERC	Esquerra Republicana de Catalunya
ESBA	Euskadiko Sozialisten Batasuna
ETA	Euskadi Ta Askatasuna
ETA-Berri	Euskadi Ta Askatasuna-Berri
ETA-VI Asamblea	Euskadi Ta Askatasuna-VI Asamblea

FLP (o <i>Felipe</i>)	Frente de Liberación Popular
FOC	Frente Obrero de Cataluña
FRAP	Frente Revolucionario Antifascista y Patriota
FUDE	Federación Universitaria Democrática Española
GRAPO	Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre
HOAC	Hermandad Obrera de Acción Católica
IU	Izquierda Unida
JGRE	Joven Guardia Roja de España
LCR	Liga Comunista Revolucionaria
MC	Movimiento Comunista
MCE	Movimiento Comunista de España
MC-OIC	Movimiento Comunista–Organización de Izquierda Comunista
OCE(BR)	Organización Comunista de España (Bandera Roja)
OIC	Organización de Izquierda Comunista
OMLE	Organización de Marxistas-Leninistas de España
ONU	Organización de las Naciones Unidas
OSO	Oposición Sindical Obrera
OPI	Oposición de Izquierda
ORT	Organización Revolucionaria de Trabajadores
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCC	Partido Comunista de Cataluña
PCE	Partido Comunista de España
PCE(m-l)	Partido Comunista de España (marxista-leninista)
PCE(i)	Partido Comunista de España (internacional)
PCE(r)	Partido Comunista de España (reconstituido)

PCOE	Partido Comunista Obrero Español
PCPE	Partido Comunista de los Pueblos de España
PCT	Partido Comunista de los Trabajadores
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PNV	Partido Nacionalista Vasco
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSUC	Partido Socialista Unificado de Cataluña
PT	Partido de los Trabajadores
PTE	Partido del Trabajo de España
UCCO	Unión de Comunistas–Comités Obreros
UCD	Unión de Centro Democrático
UCE	Unificación Comunista de España
UGT	Unión General de Trabajadores
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USO	Unión Sindical Obrera